

# Salvador Vicente de la Torre González (1897-1974)

Por CARLOS RUIZ MARTÍNEZ



Don Salvador Vicente de la Torre González.

Anda Córdoba y su tierra  
el pueblo todo alterado,  
no por mal ni por revuela,  
sino de regucijado.  
Hacen todos algazara  
y se tocan con las manos,  
abrázanse unos a otros  
a Mahoma gracias dando,  
y el común y el principal  
sale con gran grito al campo,  
los menores van a pie,  
los mayores a caballo,

los hombres con ricas lanzas  
y los niños griteando,  
a recibir a Alexante  
que de Castilla ha tornado,  
con la más brava victoria  
que jamás volvió pagano.  
No la ganó bueno a bueno  
que un traidor se la ha entregado,  
y por esta causa el moro  
viene muy regucijado,  
delante todos los suyos  
en un gran caballo bayo,  
enjaezado a la morisca  
con un jaez encarnado.  
La marlota traía blanca,  
el albornoz colorado,  
el brazo blanco vellosa  
hasta el cobdo arremangado  
y en él una rica lanza  
y en ella un pendón labrado,  
por las manos de una mora  
de quien era aficionado.  
Ocho cabezas traía  
en el arzón del caballo  
colgadas de los cabellos  
que se vienen desangrando,  
las siete son de mancebos,  
la otra de un viejo anciano.  
Y en llegando que llegó  
a donde se hubo apeado  
al viejo Gonzalo Bustos  
las tristes nuevas le han dado.  
El viejo que aquesto oyera  
el corazón le dio un salto,  
no porque sabe lo que es,  
sino que imagina el caso.  
Mandóle llamar ante él,  
las cabezas le ha mostrado,  
dícele con aguña:  
—¿Conoces algún christiano?—  
Míralas por todas partes  
y límpialas con un paño  
y así vino a conocer  
que eran los que había engendrado.

*«Santo Dios, grande es mi culpa,  
decía el viejo cuitado,  
muy grande pena merezco  
pues tanto apretáis la mano.»  
y diciendo estas razones  
un parajismo le ha dado.*

No extrañes, lector amigo, que esta semblanza comience con un romance. Uno de los romances históricos más bellos, sobre la historia de España. Es, apenas, un solo fragmento sobre la muerte de los siete Infantes de Lara; el del retorno del vencedor—cuenta el romance—; el del retorno del asesino, que además fuera cobarde, pues se valió de un traidor, comentamos nosotros, Salvador y yo.

Fue en la tarde de un día, acabándose ya el mes de octubre, en aquel año tan veterinario de 1929, en que se celebraron el I Congreso Nacional Veterinario en Barcelona y seguidamente la Asamblea Veterinaria Iberoamericana en Sevilla. Nos encontrábamos los dos, Salvador Vicente y yo, sentados en un banco del maravilloso Parque de María Luisa de la sin par Sevilla, embriagados por el aroma de los nardos y los jazmines. Salvador comenzó a recitar el trágico romance que encabeza este hecho histórico, y no había llegado todavía a la mitad—«la marlota traía blanca, el albornoz colorado...»—, cuando Salvador enmudece, se levanta y se inclina en respetuoso saludo ante una dama que de inmediato reconoció... era nada menos que la ilustre actriz española doña Margarita Xirgu, quien estaba haciendo su exitosa campaña de otoño en el Teatro Principal de Sevilla. La noche anterior la habíamos aplaudido nosotros con extraordinario placer, en la representación de la obra famosa del gran poeta y dramaturgo Eduardo Marquina, *En Flandes se ha puesto el Sol...* Por lo visto, Salvador conocía a la Xirgu y afectuosamente se saludaron, y a ella me presentó. La exquisita actriz me tendió su mano y de este modo se entabló una muy grata conversación... Salvador le contó con cuánto placer la habíamos aplaudido anoche en su estupenda representación de la obra de Marquina...; que estábamos en Sevilla como participantes en una Asamblea de veterinarios hispanoamericanos y que casi todos los asambleístas habíamos asistido a la representación de esa formidable obra. Ella se contentó mucho con lo que Salvador contaba y yo, que era la primera vez que hablaba a tan ilustre dama, tercié para sumarme a las felicitaciones que le había rendido nuestro

gran poeta, el poeta de la Asociación Nacional Veterinaria Española, quien, a su llegada, me estaba recitando, y de memoria, el trágico romance sobre *Los Infantes de Lara...* Ah, pues me quedo unos minutos con ustedes para oír el final, que a mí me gusta también mucho nuestro Romancero... digo, si ustedes me lo permiten... ¿Cómo no?—respondimos a dúo...—. Será para mí un placer empezar de nuevo, recalcó el poeta; y Salvador volvió otra vez: «Anda Córdoba y su tierra, el pueblo todo alterado... a recibir a Alexante que de Castilla ha tornado... la marlota traía blanca, el albornoz colorado... Ocho cabezas traía, en el arzón del caballo, colgadas de los cabellos, que se vienen desangrando... y en llegando que llegó, a donde se hubo apeado, al viejo Gonzalo Bustos las tristes nuevas han dado. El viejo que aquesto oyera, el corazón le dio un salto... Mandóle llamar ante él, las cabezas le ha mostrado, dícele con agunía...»:

—Perdón, Salvador, un momento; déjeme a mí recitar el final—dijo la Xirgu:

*—«¿Conoces algún christiano?»—  
Míralas por todas partes  
y límpialas con un paño,  
y así vino a conocer,  
que era los que había engendrado.  
«Santo Dios, grande es mi culpa,  
decía el viejo cuitado,  
muy grande pena merezco  
pues tanto apretáis la mano»,  
y diciendo estas razones  
un parajismo le ha dado.*

Ni que decir tiene que aplaudimos fervorosamente a la admirable actriz de nuestro teatro dramático. Se levantó y, un tanto emocionada, nos dijo: «Sí, sí, qué bello es nuestro romance», y con un afectuoso adiós se despidió de nosotros.

¡Qué rato más agradable pasamos aquella tarde!—podría recordarle ahora si estuviera con nosotros, a mi entrañable compañero y amigo de toda nuestra vida, utilizando las poéticas frases que, no más de un año hace, empleara él, en la Semblanza que de mí hizo, al traer a cuento su «añoranza de aquel delicioso otoño del año veintinueve»... «y las noches sevillanas, llenas de poético embrujo, oliendo a nardos y albahaca, en el Parque de María Luisa, en el barrio de Santa Cruz, en aquel «Patio de los Quintero»... en la sin par Sevilla.

## EN JAEN NACIO SALVADOR

Salvador Vicente de la Torre González nació en Jaén el 22 de agosto de 1897, hijo de una familia acomodada, más en lo social y cultural que en lo económico, pues que a juzgar por lo que fue Salvador desde niño y, mucho más cuando mayor, el Norte de todos ellos, ascendientes y descendientes, estaba en el otro polo de aquel en que se asienta el egoísmo y la ambición, por estar más en armonía con su carácter la generosidad y la hombría de bien.

Hijo y nieto de veterinario, cursó el Bachillerato íntegro en Jaén y luego brillantemente la carrera de veterinario en Madrid, en el período comprendido entre 1912 y 1917, los años en que, como él lo afirmaba a tambor batiente, se había iniciado y se desarrolló a fuerza de «verbo», conferencia tras conferencia, a través de todas las provincias de España y también de vibrantes artículos en los periódicos, revistas y boletines profesionales, que encendían los ánimos de quienes por aquel entonces estudiaban en las Escuelas y servían de estímulo, no sólo a las juventudes veterinarias, sino a muchos viejos que con su nombre dieron elevado prestigio a la Veterinaria Moderna que ya apuntaba.

Todavía no había terminado la carrera—empezaba en nuestras Escuelas el curso de 1914 y Salvador entraba en el tercer año de la carrera—, cuando cayó en sus manos un número del *Jaén Pecuario*, en el que el inspector veterinario de Jaén, señor Sierra, invitaba a los veterinarios de la provincia a la conferencia que el señor Gordón Ordás daría sobre «La Veterinaria Social». No sé cómo se las arregló, porque habían pasado muchos años cuando un día me lo contó, estando los dos en Córdoba, pero es lo cierto que Salvador estaba ya en Jaén, desde el día antes, y oyó a Gordón por primera vez.

«Qué conferencia aquélla, Carlos—me decía—. Comprendí mejor que nunca el interés de mi padre por ser veterinario, como lo fue el suyo y la alegría que le proporcioné cuando también yo le dije que quería ser veterinario.»

«Me basta con indicaros—les dijo Gordón—, todo lo que el veterinario puede hacer en bien de la prosperidad de España, para que hasta los más obtusos comprendan que es un delito de lesa patria no preocuparse un poco más de nuestra mejora. El veterinario puede fomentar mejor que na-

die el mutualismo agrícola, contribuyendo al establecimiento de sociedades de crédito mutuo, esas admirables sociedades iniciadas en Alemania en 1850 y que hoy tienen en toda Europa, principalmente en Francia e Inglaterra, un magnífico desarrollo, mientras que en España apenas si asoman sus rudimentos, y éstos con tendencia a derivaciones políticas, y que las falsean y acabarán por esterilizarlas. Puede el veterinario enseñar al ganadero y al agricultor higiene de los establos, profilaxis de las enfermedades, cultivo racional de los animales domésticos, mejora de los pastos, análisis de las tierras, empleo de abonos químicos, conveniencia de las vacunaciones... y enseñar todo esto y conseguir que se practique, es poner los medios más eficaces para la creación de riqueza agro-pecuaria, para la conservación de la que existe y para el progreso incesante de todo, que bien necesitado está de todo ello este país abandonado a su propia suerte. El veterinario desde el Madero realiza una labor social muy intensa, y puede realizarla mucho mayor el día en que se le coloque en condiciones económicas superiores. Los alimentos en buenas condiciones permiten el «corpore sano» que los antiguos pedían para albergar la «mens sana». Con la inspección minuciosa del veterinario se puede impedir no solamente la triquinosis, como el vulgo cree, sino las infecciones de tipo Gärtner, el botulismo, una serie interminable de infecciones e infestaciones, que son heraldos de una muerte próxima. El veterinario es quien únicamente puede hacer una estadística completa y verdadera de la cabaña nacional y una prueba bien elocuente de ello tenéis en el hermoso ensayo realizado a este propósito por vuestro inspector de Higiene Pecuaria. Algo se conseguirá para la realización de nuestra labor social con la promulgación de la ley de Epizootias, que tendrá la virtualidad de uniformar el Servicio de Policía Sanitaria. Pero esto no es bastante, con ser mucho. Hay que pedir más, siempre más, pero con método. Dentro del mismo terreno señalado por la ley de Epizootias, será necesario introducir reformas que hagan más efectivas sus prescripciones. Así, por ejemplo, el ideal es que a los inspectores municipales les pague el Estado, para darle una independencia que no pueden tener mientras les pague el Municipio, guarida del caciquismo rural. También es preciso crear conciencia en los ganaderos, para que comprendan que la ocultación de las enfermedades los perjudica y que los que la

realizan son dignos de ser tratados como criminales. Hay que hacer mucho, casi todo, porque casi todo está por hacer.

«Esta tremenda labor social—continuó leyéndome Salvador, en la conferencia de Gordón—no podrá realizarla la Veterinaria en toda su amplitud mientras no se asocie para dignificarse redimiéndose de la herradura y pueda ofrecerse a los poderes públicos como una profesión científica organizada. Este trabajo previo de asociación debemos irlo realizando al mismo tiempo que conquistamos la simpatía y la conciencia de las gentes. ¿Por qué no nos asociamos? No será, seguramente, por las trabas que se nos opongan. Todavía es hoy la Ley española de Asociaciones de 1887 la más liberal de Europa, según lo reconoció Carlos Gide, autoridad de primer orden en la materia, en su libro *Les sociétés cooperatives de consommation*. Y, sin embargo, nos preocupamos bien poco de organizar en España sociedades al amparo de la amplitud loable de nuestra ley. Es el espíritu de la raza, anárquico y disolvente. Pero es preciso que aprendamos a vencerlo dentro de nosotros mismos y que lo hagamos con un criterio expansivo y una generosidad para lo porvenir. La lucha por la redención debemos hacerla pensando más en los que han de sucedernos que en nosotros mismos, *que la vida no es más que una lucha constante por el bienestar ajeno, con exposición del bienestar propio.*»

A mí me pareció esta definición de la vida algo maravilloso, por eso la he subrayado ahora, por ser altamente reveladora de cómo era el carácter de Salvador Vicente de la Torre, en su afán por difundirla.

Entonces, como en apoyo de estas hermosas ideas, Salvador me contó esta bellísima historietita publicada por el *Jornal das Noticias* de Oporto, con la cual terminó Gordón su conferencia de Jaén en aquel mes de octubre de 1914, el mes y el año en que yo ingresé en la Escuela Superior de Veterinaria de Córdoba, cuando ya estaba Salvador estudiando «tercero» en Madrid. La copio tal como me la regaló, de su puño y letra:

«A un campo rocoso y estéril llegaron un viejo y tres jóvenes. Era un campo de desolación, pedregado, sin una planta, sin tierra, sin agua. Y, sin embargo, el viejo se propuso plantar un árbol sobre una de aquellas peñas.

—Hay que hacer un hoyo—le dijo a uno de los jóvenes.

—¿Con qué?—le respondió el joven—. No tenemos herramientas.

Y el viejo, sin inmutarse, le ordenó:

—Con los dientes.

Cuando el hoyo estuvo hecho, le dijo al segundo joven:

—Hay que cubrir ese hoyo de tierra para que la semilla pueda echarse.

—¿Y cómo?—le replicó el joven—. No hay tierra por aquí.

Pero el viejo le encontró la solución en seguida.

—Recoge con la boca el polvo del aire y vete arrojándolo en el hoyo.

Una vez que se tuvo la tierra suficiente, el viejo le dijo al tercer joven:

—Hay que regar esa tierra para que la semilla germine.

—¿Y de dónde saco el agua?—objetó el joven—. Por aquí no existe.

A lo cual arguyó el viejo:

—De tus ojos: riega llorando encima de la tierra.

Pero esta labor paciente y sostenida consumió el tiempo, y cuando el árbol iba a dar su fruto, ya no podían aprovecharlo sus sembradores.

—¿Para qué, entonces, lo plantamos?—preguntan los jóvenes.

Y el viejo, serenamente, les responde:

—Para los que vengan detrás. El trabajo no es más que eso: un dolor nuestro, en busca de un placer para nuestros hijos.»

La alteza de miras del viejo de esta fábula genial, siempre la tuvieron los que nos precedieron, y por haberla tenido, queridos jóvenes de hoy y de mañana—nos diría nuestro muy querido Salvador Vicente de la Torre—no estamos aún en la edad de piedra. Ese altruísmo redentor que es la norma reguladora de todo el progreso, os pido ahora yo, que soy también un anciano, en nombre de don Félix, que fue mi maestro, tal como él se lo pidió en Jaén, hace sesenta años, a quienes habían corrido hasta la bella madre del Guadalquivir para escucharle, aquel 14 día de octubre de 1914, a los que sois veterinarios hoy, y a los que lo seréis mañana, porque así iréis sumando generosos vuestros prestigios a la veterinaria, y también a quienes no lo sois, porque de esa manera laboráis en provecho de la patria, que en último término sería la beneficiada con que a la veterinaria se la colocase en su verdadero plano científico y social.

## SALVADOR, VETERINARIO

Don Salvador Vicente de la Torre terminó la carrera de veterinario en Madrid en el curso correspondiente a 1916-1917. Le faltaban tres meses para cumplir los veinte años. Y ya estoy metido en la misma cantinela, porque en cierta ocasión, y como poeta, le salían los versos hechos hasta cuando hablaba, recuerdo ahora que tuvimos una tarde una graciosa disputa en la tertulia de la Granja «El Henar», cuando para contarnos un hecho ocurrido cuando terminó la carrera, comenzó diciéndonos:

*Tenía yo veinte años  
cuando, gracias al Altísimo,  
finiquité la carrera...*

y al notar que yo me sonreía, se paró y me dijo sonriendo él también:

—Carlos, ¿sabías ya lo que iba a decir?

Y le contesté:

—No, Salvador, sigue; no sé lo que nos va a contar.

—Como ya te estabas riendo...—me respondió.

Y yo le expliqué:

—Me sonreía, porque, o no es verdad lo que ya nos has dicho, o no es verdad, que estoy seguro, sí lo es, el que tú naciste el 22 de agosto de 1897. Es una fecha que conservo muy bien en la memoria, porque varias veces hemos comentado que nosotros nacimos en el mismo mes, tú el 22 y yo el 18, un año después que tú.

Y tú me respondiste con tu peculiar gracejo:

—Tienes razón, Carlos, pero no me faltaban más que tres meses para cumplir los veinte años... Aquí, en esta Peña, hay que hablar con precisión académica, y mira lo que me ha ocurrido..., se me olvidó lo que os iba a contar...

Y entonces sí que nos hiciste reír a todos.

Y ahora viene a cuento contar lo que le pasó a Salvador cuando terminó la carrera, que no deja de tener mucha repajolera gracia...

El padre de Salvador Vicente, que era un veterinario de cuerpo entero, tenía en Jaén una oficina donde se gestionaban todos los asuntos relacionados con el robo de las caballerías, mejor dicho, con las compensaciones que la Compañía de Seguros «El Fénix Agrícola» abonaba a los que sufrían el robo de sus animales. La función del veterinario, a este respecto, era la de reconocer los animales de los propietarios que los aseguraban

y hacer constar su reseña en las planillas que el ganadero tenía que llenar para cerrar el formulario del contrato. Naturalmente, esa función se la sabía Salvador Vicente al dedillo, porque desde niño la aprendió acompañando a su padre, que era nada menos que inspector veterinario asesor del Fénix Agrícola en la provincia de Jaén, con sede en la capital. Y a tal punto se la sabía, que actuó muchas veces como ayudante de su padre, en el peritaje, reconocimiento y tasación de los animales asegurados. Esto le sirvió mucho a Salvador, porque la Central del Fénix Agrícola lo empleó durante los dos últimos años de su carrera y ganó sus buenos reales, con todo lo cual, no sólo disfrutó de excelente ayuda económica para los gastos de pensión en Madrid, sino que, cuando terminó la carrera, a primeros de junio de 1917—a punto de cumplir sus veinte años—celebró un gran fiestón con sus compañeros el día en que se graduaron.

Valga este anecdotario, para dejar constancia de esta modalidad en la formación de Salvador Vicente de la Torre como veterinario, que tanto influyó en su carrera de probidad y honestidad bien montadas sobre lo que sí era en él nativo y hereditario, su generosidad y rumbo abierto, siempre a mano, cuando de celebrar un acontecimiento veterinario se trataba.

Al terminar la carrera, Salvador Vicente se entregó con ahínco a la preparación de las oposiciones al Cuerpo de Veterinario Militar y se inscribió en la Academia que venía funcionando en Madrid, regentada por un formidable clínico, don Silvestre Miranda, veterinario 1.º del citado Cuerpo, con destino en la Escolta Real, y un antiguo profesor de la Escuela de Veterinaria de Madrid, don Juan Castro y Valero. Las oposiciones se realizaron en octubre y llegó triunfador, con buen número, hasta el quinto ejercicio, el práctico y último de la oposición, en el cual, según el severo criterio de don Silvestre Miranda, tenía todas las de ganar y a tal punto que, por recomendación urgida de este gran maestro de todos nosotros—también lo fue mío en 1918—, se había encargado ya el uniforme, se llevó la mayor decepción de su vida, que jamás olvidó. Salvador hizo su servicio militar, como «veterinario auxiliar del Ejército», en el Depósito de Sementales de Baeza (Jaén), donde brilló por su competencia, por su disciplina y puntualidad en el servicio y por

su magnífico don de gentes y simpatía, que impartía alegría y optimismo a cuantos le rodeaban.

Terminado el Servicio Militar ingresó en el Ayuntamiento de Jaén como inspector municipal veterinario de esa capital, cargo en el que se mantuvo como jefe de los Servicios Municipales Veterinarios durante más de veinticinco años.

En 1948 se hizo cargo de la Inspección Provincial de Sanidad Veterinaria en el entonces Instituto Provincial de Higiene de Jaén. Institutos que más tarde pasaron a ser Jefaturas Provinciales de Sanidad; este cargo lo desempeñó hasta 1965.

A título de resumen de sus quehaceres y acontecimientos como veterinario, tomo de una de las tantas bellísimas cartas de Salvador, todas las cuales conservo como reliquias de familia, el párrafo siguiente que ayudará mi memoria.

«He sido treinta y cinco años presidente del Ilustre Colegio Veterinario de Jaén; treinta, director de la Real Sociedad Económica de Amigos del país; ocho, presidente del Consejo General de Colegios, y, en suma, de cuanto se puede ser al margen de la política, de la que siempre hui, soy miembro de número del Instituto de Estudios Giennenses y Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.»

En el párrafo siguiente, carta del 6 de noviembre de 1971, me dice:

«No he de ser yo quien, ya viejo, tome el incensario para abanicarme, pero déjame decirte a ti, mi más que amigo, compañero fraterno desde la infancia hasta nuestros días, que a falta de otros méritos mi obra tiene uno que yo mismo me adjudico, el de haber sabido renunciar en su justo momento a todos mis cargos, antes que alguien pudiera osar echarme, y al tiempo de jubilarme hice mesa limpia con cuantos ostentaba aún, retirándome a mi cenobio con mis libros y mis recuerdos.»

Y termina, envuelto en su humildad, tras cuyo manto brilla esplendorosamente con legítimo orgullo la grandiosidad de la obra con que ha prestigiado el título universitario que le diera el Ministerio de Instrucción Pública, como veterinario y nada más, pero nada menos, que veterinario, con este otro párrafo que más que decepción sufrida aspira ser grito noble de su íntima conciencia:

«En mi larga actuación tuve algunas, pocas, alegrías y bastantes ingratitudes; pero de vuelta ya de todos los caminos se comprende que los

muñecos de la farsa humana no suelen ser dechados de virtudes, aunque, como dice el Crispín de *Los intereses creados*, alguna vez, “en medio de los groseros cordelillos que los mueven, desciende del cielo un hilo sutil, que pone alas en nuestro corazón y pone en nuestra mente claridad de aurora, y nos dice, que no todo es farsa en la farsa; que hay algo verdadero y eterno que no puede acabar cuando la farsa acaba”. Ese hilo, querido Carlos, es el amor, el cariño, la amistad leal, sincera, permanente, como la tuya, como la nuestra. Y cuando la poseemos, ella nos compensa con usura, de todos los sinsabores, de todos los desengaños.»

Tienes razón, Salvador, te dije entonces y te ratifico en este gratísimo momento en que, a través de ese angelillo con alas de cielo que pende de ese hilito sutil, que tu imaginación de poeta del amor ha hecho pasar immaculado entre los groseros cordelillos que mueven los muñecos de la farsa, me estoy ocupando de ti, sobre el mismo tinglado de la antigua farsa, que es así, con tu mismo fervor poético como bien quisiera presentarte ante nuestras juventudes, que son como las nuestras lo fueron hace más de medio siglo, afanado en penetrar hasta el fondo de tu corazón y de tu alma, para que nos sigas hablando desde ahí, desde esa Gloria en que habitáis los poetas, concediéndonos el grato placer de saborear el encanto de tus nobles sentimientos, de fraterna amistad, cuyas raíces pueden compararse a las de estas grandes ceibas gigantes, de enormes troncos, que cuatro hombres unidos por las manos no pueden abrazar y, sin embargo, florecen de blanco, con el candor más puro, con virginal atuendo, no sólo en las selvas de Venezuela, sino en muchas plazas de las ciudades de este país maravilloso, incluso aquí en Caracas, frente al histórico templo de San Francisco, con la misma virginal blancura del ramo de azahar que nuestras hijas lucen el día de su boda.

Así empezamos a cruzar nuestra correspondencia, renacida en el abrazo que nos dimos en Londres, allá por el año 1949, en ocasión de celebrarse el XIV Congreso Internacional de Veterinaria, correspondencia que ahora hacemos pública en tu honor.

Y así fue, Salvador Vicente de la Torre como veterinario, desde aquel día de mayo en que ganó su título de veterinario (1917), hasta el día en que te sorprendió, y nos sorprendió, tu muerte (1974).

¡Cincuenta y siete años, de tu existencia, integralmente entregados como veterinario al servicio de la ganadería y de la humanidad! Tuvo la maravillosa virtud de anteponer lo que consideraba como veterinario, su primordial deber, a toda apatencia o medro personal; jamás obstruyó el paso a quienes—aunque fuese en mera hipótesis—pudiesen promover avances, de cualquier tipo, en beneficio de la veterinaria. Y tuvo también a gala, su elegancia de espíritu se lo imponía, el dejar libres los puestos que ocupaba, tan pronto como cumplió la edad oficial de su jubilación, con la bella particularidad de que dejaba el puesto para que el escalafón corriera, pero no abandonaba la gestión y hasta el último día de su vida, bastaba su presencia en cuantos actos dan prestigio a la profesión, para que el recuerdo de su sapiencia y de su honestidad resplandeciera como ejemplo.

#### CUADRO DE HONOR DE DON SALVADOR VICENTE DE LA TORRE

- 57 años de ejercicio profesional
- 47 años de servicios como veterinario titular.
- 27 años de servicios como jefe del Cuerpo de Titulares de Jaén.  
Presidente del Consejo General de Colegios Veterinarios de España desde el 24 de noviembre de 1945 hasta el 4 de septiembre de 1951.
- 35 años de presidente del Colegio Oficial de Veterinarios de Jaén.  
6 años de presidente de la Junta Provincial de Fomento Pecuario.
- 18 años de vicepresidente de la Junta Provincial de Fomento Pecuario.
- 18 años de presidente de la Real Sociedad Económica de Amigos del País.  
Fecha de Ingreso en la Orden Civil de Sanidad de 31 de julio de 1950.  
Fecha de nombramiento de vicepresidente de la Sociedad Veterinaria de Zootecnia—desde su fundación en diciembre de 1946—, socio de honor de la misma el 15 de enero de 1951.  
Presidente honorario del Colegio Oficial Veterinario de Granada desde el 19 de diciembre de 1942.

#### SALVADOR Y LA A.N.V.E.

Salvador Vicente de la Torre ha sido en vida cabeza visible de mi propia generación en la

A.N.V.E. Tan habituados estuvimos a designar por esta sigla, hecha por el uso familiar, a nuestra muy querida Asociación Nacional Veterinaria Española, que nos bastaba decir, «la Anve», para, en esa abreviatura, poner todo cuanto significábamos dentro de la Veterinaria, por esa sencilla razón del espíritu, porque estábamos bien dispuestos a dar por ella hasta la vida, si hubiese sido necesario.

Habrán muchos, entre nuestros lectores juveniles, que se preguntarán, por qué tuvimos tanto empeño en crear en España una Asociación Nacional Veterinaria. ¿Qué significación tuvo esa Asociación? ¿Cuándo y para qué se creó? ¿Conseguimos algo útil con ella, en beneficio de nuestra profesión? Comprendo el interés de dar respuesta satisfactoria a estas y a algunas otras preguntas imaginarias, pero no es éste lugar adecuado para hacerlo, porque sólo intentarlo robaría espacio y tiempo al *leitmotiv* de esta publicación. Por otra parte, acaso pueda el lector aplicado responderse a sí mismo, siguiendo atento las semblanzas que ya se publicaron en el primer volumen de esta obra, y las que aparezcan en este segundo volumen.

Así comprendido, pongamos nuestra atención en las actividades personales que con carácter asociativo realizó Salvador Vicente dentro de la Asociación de Veterinaria de Jaén, es decir, dentro del marco de esa provincia por tantos títulos progresista, y sus intervenciones con más amplios horizontes en las Asambleas generales. ordinarias y extraordinarias con carácter nacional. En uno y otro caso, me veo obligado a ser muy escueto, porque el tema es excesivamente amplio y reducir mi narración a la época más reciente, la que dimos en llamar «Segunda Epoca» de la A.N.V.E. que comenzó en el mes de julio del año 1934. El *Boletín de la Asociación Nacional Veterinaria Española*, segunda época, año I, número 1, tiene por fecha, precisamente el 31 de julio de 1934. El último número en mi poder de ese *Boletín*, año II, es un número doble (15-16) que corresponde al período 30 de septiembre-31 de octubre de 1935. Como documentos fehacientes de cuanto me propongo decir, en relación con Salvador Vicente de la Torre, dispongo también de un pequeño grupo de *Semanas Veterinarias*, que me fueron remitidas por este gran amigo desde Jaén, en el cual se encuentran los números 911, del 10 de junio; 912, del 17, y 922, del 26 de agosto, todos ellos correspondientes al año 1934, tomo XVIII; los nú-

meros 946, del 10 de febrero, del tomo XIX; 973, del 18 de agosto; 987, del 24 de noviembre, y el número triple 982-83 y 84, que correspondió al 20 y 27 de octubre y al 3 de noviembre, respectivamente, del año 1935, todos ellos, tomo XIX y, por último, los números 997 y 1.017, tomo XX, del año 1936.

Con la documentación señalada a la vista, y sin con ello pretender hacer historia, voy a referirme a la Asociación Nacional Veterinaria Española en la segunda etapa de su vida, porque los hechos ocurridos en ella sirvieron para dilucidar quiénes éramos los veterinarios que en verdad la amábamos y quiénes los que de ella supieron aprovecharse para medrar ellos, sin importarles nada el ideal de sus banderas.

Salvador Vicente de la Torre, bueno es proclamarlo ahora, fue uno de los más acendrados enamorados de ese ideal, por la defensa del cual fueron todos sus desvelos. Habían calado en él muy hondo aquellos principios que, en un día del mes de octubre de 1914, se proclamaron precisamente en la ciudad que lo viera nacer, siendo presidente de la Asociación Provincial de Jaén, don Emiliano Sierra, otro de los pecuarios grandes de la primera promoción de inspectores veterinarios provinciales de Sanidad e Higiene Pecuarias, quien nos enardecía con sus artículos en *Jaén Pecuaria* a los estudiantes de veterinaria de las promociones que se formaron en los años de la que vino a ser la Primera Guerra Europea (1914-1918), principios que, desde aquel entonces, recordamos con frecuencia: *Pureza de corazón, espíritu de independencia y amor a la verdad por encima de todas las cosas.*

Fueron esos principios los que nos unieron a los veterinarios de todas las provincias de España, desde la fecha en que nació la A.N.V.E. hasta la fecha en que, por la arbitrariedad de un poder abusivo, fue disuelta y suspendida (año 1925), es decir, durante la primera etapa de su existencia, y fue en el interregno comprendido entre esa fecha y el año 1930 en que renació ¡todo un lustro de nuestra vida! cuando más unidos estuvimos sus defensores y más actividad desplegamos en esa defensa. Fueron los años en que, habiéndonos ordenado por R. O. enmudecer, más discursos pronunciamos, porque celebrábamos una asamblea cada mes, al conjuro de aquellas *Comidas Veterinarias* que, cada vez en distinta localidad, nos reunían, en Madrid, por vez primera, en Toledo

después, luego en Valladolid, Jaén, La Coruña, Valencia, Burgos, Sevilla..., comidas en las cuales el anfitrión pronunciaba un discurso que reflejaba el sentir de los veterinarios de la provincia, y más noble culto al ideal de la A.N.V.E. se puso de manifiesto. En esas *Comidas Veterinarias* nos reuníamos indefectiblemente los *Justos* y entre los justos siempre estaba Salvador Vicente de la Torre. Nunca, jamás, en ningún momento de la vida de la A.N.V.E. fue, más elevada su vitalidad, ni más firme la afirmación de su credo. Esto no quiere decir, que en aquellos años no se sintiera, repugnante y oprobiosa, la persecución de quienes pretendían ahogar definitivamente nuestro espíritu de Asociación y que, sin duda alguna, nos hirió profundamente, trastornó nuestra organización y retardó considerablemente el desarrollo de nuestros programas, y cuando, en 1930, logramos que se rehabilitara nuestra Asociación, fue necesario un largo período de reconstrucción y de redoblado empeño, para ganar el tiempo perdido. Cuatro años fueron necesarios para que se normalizara nuestra vida social y dar plena realidad, decíamos en *La Semana Veterinaria* en julio de 1934, lo que hacía ya nueve años quedó trunco: el Montepío y el Colegio de Huérfanos. Y fue necesario redoblar el trabajo, promover y levantar el entusiasmo de los asociados, como de inmediato se logró, porque era inútil confiar en ayudas ajenas y éramos nosotros quienes teníamos que reafirmar nuestro querer, como lo hicimos, hasta ver organizados y poner en funcionamiento tanto el Montepío como el Colegio.

Salvador Vicente de la Torre fue denodado paladín en este empeño. Uno de los primeros acuerdos del nuevo Comité directivo de la A.N.V.E. con Manuel Medina como presidente y José María Aguinaga como secretario fue realizar una intensa campaña de propaganda del ideario de la Asociación, con el propósito de atraer a ella a los compañeros que, simpatizando con sus fines, no hubieran solicitado el ingreso en sus filas, y renovar la fe y el entusiasmo iniciales de aquellos que de antiguo figuraban en sus listas. Fue Salvador Vicente de la Torre, en nombre de la Asociación Provincial de Jaén, de la que era presidente, quien de inmediato dio un paso al frente y pidió al Comité Central Directivo de la A.N.V.E. el honor de que fuera Jaén el punto de partida de aquella campaña, haciendo el espontáneo ofrecimiento de sufragar los gastos que ello originase. El día 10

de noviembre de 1935 nos reunimos en la capital andaluza, y en Jaén se celebró el acto inaugural de la proyectada campaña con tal brillantez y eficacia que fue sólido augurio de los más favorables resultados. Me correspondió a mí el honor de hacer la crónica que se publicó en *La Semana Veterinaria*, número 987, correspondiente al domingo, 24 de noviembre de 1935. He aquí una síntesis, y que el lector perdone su extensión.

«El acto tuvo lugar en el magnífico salón de la Económica de Jaén, en el que, a las doce de la mañana, se habían congregado cerca de un centenar de veterinarios de la provincia—prácticamente la totalidad de ellos, puesto que se privaron de asistir los que por fuerza hubieron de quedar atendiendo servicios—y una Comisión de compañeros de Granada; en la presidencia se sentaron, con la Junta Directiva de la Asociación de Jaén, los miembros del Comité Directivo de la Asociación Nacional Veterinaria Española.

»Dio comienzo el acto con unas elocuentes palabras del presidente de la Asociación de Jaén, don Salvador Vicente de la Torre, para saludar al Comité y presentación del señor Medina. En realidad—afirma—, la presentación sería innecesaria, porque los nombres son certificado de garantía de altos exponentes de la clase, de paladines incansables y generosos de los intereses profesionales. Califica a los miembros del Comité de caballeros del ideal que aspiran a ampliar el horizonte de la profesión, para lo que se remontan en el Pegaso de sus ideales, para encender una bengala que ilumine los espíritus de los veterinarios y forme una hoguera infinita, que encienda la acometividad de los veterinarios para la conquista de sus ideales. Destaca del general elogio la labor de toda la vida realizada por el presidente de la A.N.V.E., coronada con la publicación del Reglamento de Inspectores Municipales Veterinarios que significa—dice—pan y dignidad, que son acogidas con una gran ovación. Reitera la bienvenida y expresa el orgullo de haber tenido en Jaén al Comité y termina afirmando que, del mismo modo que ondea la bandera en el domicilio social de la Asociación provincial, ondea en el corazón de los veterinarios la bandera de la fe y el entusiasmo por la A.N.V.E.

»A continuación, el presidente de la Asociación Nacional pronunció un elocuente discurso que, por su significación y trascendencia, ya que expone programa y define actitudes, recogemos con

toda la extensión que nos permiten las dificultades de reproducir íntegramente la magnífica pieza oratoria del señor Medina:

»Compañeros y amigos: La palabra expresiva, cálida y cordial de vuestro presidente, se ha divertido en ditirámicos elogios que yo no merezco, pero que no rechazo, porque son pruebas de amistad siempre estimables, y que van también dirigidos a mis compañeros de Comité, que sí los merecen. En cambio, aunque vuestro presidente os ha descubierto en parte nuestro sentimiento motor al visitaros, nuestro propósito al provocar la celebración de este acto, no ha sido lo bastante sincero para sacrificar su modestia a la exactitud y ha ocultado sus propios merecimientos, que debió exhibir, juntamente con los vuestros, como determinantes de esta efusión de compañerismo y fraternidad que en este momento nos congrega aquí. Debo yo, pues, comenzar por reparar esta injusticia.

»Los hechos adversos que recientemente han ocurrido en la vida de la profesión, que no son, después de todo, sino el reflejo atenuado de hechos más graves y trascendentales que acaecen en la vida nacional y los incidentes registrados en el ámbito social de la Veterinaria, han exaltado el ímpetu combativo de los veterinarios de espíritu moderno y de conciencia libre, que sienten profundamente el ideal de superación encarnado por la A.N.V.E. La última Asamblea extraordinaria ha despertado un vigoroso sentimiento de solidaridad, ha concentrado el fuego de la aspiración colectiva y, rechazando con repugnancia y violencia las torpes maniobras de los que, queriendo presentarse como héroes y redentores, quedaron descubiertos como derrotistas y fariseos, reafirmó la Asamblea su fe en los destinos de la clase y su devoción al credo profesional de la A.N.V.E. El alma de nuestra Asociación, forjada a golpes de la palabra de quien supo hermanar en sus predicaciones la más cruel, la más dura, la más desnuda de todas las realidades con los sueños más nobles y sublimes; el alma colectiva de la Veterinaria, quedó en la Asamblea reactivada y actualizada por un anhelo de hoy. Y nosotros, los que fuimos designados para constituir el Comité Directivo, recogiendo ese anhelo, interpretando el sentimiento que nos exaltó a estos cargos, hemos advertido por imperioso este deber: el de salir por todos los caminos de España para desbrozarlos de las ruinas morales que se opongan a la

marcha de la clase hacia un destino vigoroso, brillante y altanero; el de revivir aquella gloriosa gesta que empezó en las montañas navarras y tuvo por feliz término la organización de la A.N.V.E., con el fin de atraer a sus filas a los remisos y encender en nuevos fervores la fe de nuestros viejos asociados.

»Y en este propósito noblemente ambicioso, vosotros, veterinarios de la provincia de Jaén, solicitabais preferentemente nuestro deseo de ponernos en contacto con la masa veterinaria; lo merecáis, porque vuestra actitud de adhesión a la obra de la A.N.V.E., os acreditaba de cordiales acogedores de nuestra misión. Pero nos obliga a distinguiremos con las primicias de nuestra actuación el acierto, la efusión, la fragancia con que Salvador Vicente de la Torre supo interpretar vuestros sentimientos de compañerismo y fraternidad, en un acto que resultó de los más emocionantes y trascendentales de cuantos han celebrado los veterinarios españoles: me refiero al banquete con que quedó cerrada la Asamblea y que vuestro presidente exornó con una brillante prueba de su inspiración poética y de la sensibilidad de su corazón. Y, en fin, otra circunstancia, físicamente casi imponderable pero de gran peso moral, ha influido en nuestra determinación: Que forma parte del Comité un compañero que hace años vuestro inspector provincial y guarda para vosotros tal cariño que, cuando hace cinco días, encontrándose en cama gravemente enfermo, le aconsejé que no hiciera este viaje, me contestó con estas palabras: "Voy yo a Jaén o lleváis mi esquila de defunción", y en este dilema hemos preferido traerlo vivo. (*Grandes aplausos y vivas a Aguinaga.*)

»Inauguramos, pues, ante vosotros y con vuestra colaboración, una serie de actos de propaganda que queremos que sean a la vez, según quienes nos escuchen y como nos escuchen, invitación cordial y clarín de guerra, exposición de programa y bandera de combate, llamada fraterna y reto. Queremos, ante todo, reavivar la fe en los destinos de la clase. Lo peor que podía ocurrirnos a los veterinarios es la obnubilación de nuestros ideales. Todo individuo lleva consigo una silueta de lo que quisiera ser en la vida y a ella conforma sus gestos y sus acciones y ella actúa constantemente sobre su conciencia y, si se pierde esa figura ideal que ha de orientarnos, perdemos el rumbo y, rotas las amarras, andamos dando tumbos por la vida. Esas figuras normativas son las que fijan

el ideal ético de una clase y conservarlas es condición esencial para el progreso de la colectividad. Hay una leyenda, según la cual, en ciertas regiones de las Islas de Java, cuando se acerca el momento de la floración del arroz, los labradores y las labradoras salen al campo durante la noche para estimular, mediante el ejemplo, la fecundidad de la tierra y garantizar una buena cosecha. Así nosotros, los que constituimos el Comité de la A.N.V.E., saldremos por los campos de la Veterinaria para excitar a todos los compañeros a que se forjen una norma de vida, a que sientan un ideal y que, como el blanco sobre el que certeramente ha de clavarse la flecha, orienten hacia él sus destinos. Y a decirles que no hay otro ideal digno de culto, que no hay otra figura normativa que merezca emulación que la encarnada en el ideario de nuestra Asociación

»Desde que, hace veinticinco años, levantó Gordón la bandera luminosa de la A.N.V.E. hemos venido luchando por mantenernos en un solo impulso, en un solo anhelo, en una aspiración única: Hay que hacer una Veterinaria nueva. Varían las formas externas, cambian las manifestaciones de esa voluntad profunda y unas veces son Asambleas nacionales, otras Comidas Veterinarias, otras mítines como este que celebramos, los hechos profesionales se suceden en una sarta en la que cada uno tiene su color, pero por dentro un mismo hilo los engarza a todos, un mismo propósito les da unidad: Hay que hacer una revolución en la cabeza y en el corazón de los veterinarios y hay que transformar la conciencia social frente a nuestra profesión. Y nuestra historia de estos veinticinco años no es más que la serie de conflictos entre ese ímpetu renovador y las densas resistencias que se le oponen, tiran para abajo, le persiguen, le calumnian, le ahogan; son vencidas por él unas veces, se le sobreponen, en ocasiones, por períodos más o menos largos; pero el impulso renovador, el espíritu que Gordón infundió a la A.N.V.E. perdura siempre, sobreviviendo al júbilo de sus días de triunfo y a la vela de sus noches de derrota.

»Desde el primer momento—recordadlo los que asististeis a los albores de este movimiento profesional—se separan los veterinarios en amigos y enemigos de la A.N.V.E., y no he de presentaros ahora el panorama retrospectivo de las pugnas desarrolladas entre unos y otros, sobre todas las razones, porque seguramente hemos de verlas re-

producidas en nuestros días. Pero, ¿es entonces que todavía tiene sentido esa distinción primaria entre amigos y enemigos de la A.N.V.E.? Sí, tiene todavía sentido; persiste y persistirá una conciencia veterinaria de la A.N.V.E. y una conciencia adversaria, cada una con su mentalidad propia inconfundible, con su propio y peculiar estilo y con su propia y particular manera de reaccionar en la vida social. Siempre hubo y siempre habrá veterinarios del pasado y veterinarios del porvenir; almas que sienten fuertemente un ímpetu renovador y temperamentos apegados a la práctica cotidiana; hombres que conciben la existencia como un camino sin posada y hombres que encuentran mejor la posada que el camino; los que quieren avanzar y los que se hallan a gusto sentados; los que creen que vale más una verdad nueva que un error antiguo y los que, por instinto, desconfían de todas las nuevas verdades; los que buscan y anhelan, y los que creen que ya lo han encontrado todo; gentes para quienes vivir es hacer, y gentes para quienes vivir es poseer; hombres, en fin, que ven la Veterinaria como creación, y hombres que ven la Veterinaria como dominio. (*Muchos aplausos.*) Y puesto que hay dos categorías de veterinarios, y esto es una verdad como un templo, debemos tratar de ahondar las diferencias, porque diferenciar es empezar a comprender. El error más grave que podríamos cometer en estos momentos críticos sería obstinarnos en tender un puente entre estas dos tendencias de la opinión veterinaria. Nosotros no podemos confundirnos con quienes no sientan nuestro ideal, porque eso sería tanto como deshonorarnos. (*Muy bien. Aplausos.*) Las diferencias no se allanan, las diferencias se zanja. Y sólo cuando, a fuerza de calar en lo hondo, descarnando a punta de piqueta en el fundamento abisal, se toca en la roca viva de la comprensión y del convencimiento, es cuando puede acometerse sin miedo a futuras catástrofes la empresa de fundir en una organización común a los que ya estarán unidos por una común aspiración, por un mismo ideal. Y en este propósito de convencimiento hay mucho esfuerzo que realizar.

»Sabemos que hay en toda España muchos compañeros que comulgan en nuestros ideales, pero que no están afiliados en nuestra organización. A éstos hemos de decirles que cuando se trata de combatir, la neutralidad es tan dañina como la actitud enemiga; en la lucha el que no está con nosotros está contra nosotros. No basta tener bue-

nas ideas y propósitos de acción; ha de estarse donde esas ideas puedan cumplirse, donde el propósito de acción pueda traducirse en actos. Hay que salir del aislamiento individualista, tan típicamente nacional, que hace de cada español una biografía. Vosotros mismos, veterinarios de Jaén, ofrecéis un significativo ejemplo de ese aislamiento simpático que nos proponemos corregir: Habéis demostrado en todo momento vuestra identificación con el credo de la A.N.V.E.; recientemente habéis dado una alta prueba de vuestros entusiasmos, concurriendo sin excepción al homenaje que iniciasteis para los autores del Reglamento de municipales, obra cumbre de la Asociación. Nadie dudaría de calificaros de devotos amigos de la Asociación Nacional. Y, sin embargo, sois en la provincia ciento veinte veterinarios, y solamente sesenta y siete estáis inscritos en la A.N.V.E. Es decir, que hay más de cincuenta de vosotros que no se han decidido a actuar, o porque estiman que actuar es adquirir una responsabilidad pública y directa, y no quieren comprometerse a nada, o porque lo fían todo a la actuación mesiánica de los rectores de la colectividad. Pues bien, nosotros os decimos que os necesitamos para la obra que nos proponemos llevar a cabo y que os queremos ver llegar a nuestras filas, no arrastrados por una corriente de simpatía, sino convencidos, entusiasmados, llenos de fe.

»¡Venid a nosotros, compañeros, pero con los ojos de la conciencia bien abiertos, bien despiertas las potencias del espíritu, totalmente convertidos a nuestro credo, porque nosotros no hemos de mixtificar nuestros fines para atraeros, que nunca fue la A.N.V.E. más A.N.V.E. que en estos momentos, nunca se sintió más dueña de sus destinos, señora de sí misma y rigurosamente dispuesta a exigir a sus afiliados fidelidad a este lema tríptico de virtudes: Laboriosidad, honradez, idealismo. (*Formidable ovación.*)

»Idealismo. Es decir: espiritualidad. Es decir: corazón, sentimientos nobles, amor de hermanos, que ennoblece e ilumina el vivir. He aquí el más firme fundamento moral de la A.N.V.E. Nuestras entidades de previsión son esencialmente el espíritu de la A.N.V.E. destilado, quintaesencado por la inteligencia y la abnegación, y por eso hemos de defenderlas contra el brutal egoísmo de los incapaces de bondad y de raciocinio. ¡El Montepío Veterinario! Esa noble organización que asegura a nuestras mujeres, a nuestros familiares,

que el espectro del hambre no ha de asociarse al de la muerte para hacer más angustiosa la pérdida del amado compañero. Acudid a él los que todavía no estéis inscritos en el Montepío, para que sea posible poner en marcha, cuanto antes, los grupos tercero de invalidez y de vida, lo que será tanto como haber desarrollado con verdadera eficacia sus fines de previsión.

» ¡El Colegio de Huérfanos! La institución más santa que pudo concebir el alma humana. Yo quisiera llevar a todos los veterinarios la revelación insólita y deslumbradora de que los hijos de nuestros compañeros de ideal son los hijos de todos y con ellos deben partir los nuestros el pan y la salud; yo quisiera lograr que los más egoístas y endurecidos se asomaran a las ventanas trágicas que abre la muerte en la vida y contemplaran el triste caminar de un ángel con las alas rotas, el angustioso sufrir de unos huérfanos abandonados a su triste soledad, porque estoy seguro de que ante el espectáculo del dolor y de la desventura quisieran disponer de todos los tesoros de la tierra; poseer una varita mágica para trocar en alegres los rostros sombríos de los niños, para saciar su hambre, para cubrir sus carnes desnudas, para ofrecerles un hogar y un amor. Y esa varita mágica es el Colegio de Huérfanos, que reclama, exige, la ayuda de todos los que sientan verdaderamente el espíritu de la A.N.V.E., que no es el de poner nuestro dinero a rédito, sino el de una estrecha solidaridad social de mutuo apoyo. Y contrariar este espíritu es destruir los fundamentos éticos de nuestra Asociación; por eso, yo os digo que quienes sientan fervorosamente el culto de la A.N.V.E. han de contribuir al sostenimiento del Colegio, aunque sus hijos nunca puedan beneficiarse, con igual esfuerzo que los que tengan hijos posibles beneficiarios, y os invito, veterinarios que me escucháis, a que voluntariamente os ofrecéis al pago de la cuota mensual de cinco pesetas que necesitamos para sostener decorosamente esa obra maravillosa de espiritualidad y de luz de caridad que es el Colegio de Huérfanos.

»Yo sé que estas palabras mías, cuando mañana se eventen por toda España, han de servir para que se me ataque en lo que más duele a los hombres honrados y honestos: en su honradez, en su honestidad. No importa. Cuando se ha pasado una vez chapoteando por el cieno, uno sale de la repugnante prueba convencido de que el lodo

podrá mancharnos el calzado, pero sus salpicaduras no llegan nunca a la altura del corazón, donde se albergan los sentimientos puros, ni a la cabeza, donde nacen los nobles pensamientos. (*Muchos aplausos.*) Dejemos que injurien los pobres de espíritu, y si ellos, por su desdicha, no saben soñar bondades, soñemos nosotros por ellos para que todo no sea mezquindad y miseria; para oficiar en el culto que perdura a través de todos los ritos: el de lo bello, el de lo santo, el de lo intencionalmente inefable. (*Gran ovación.*)

»Hasta aquí lo que pudiéramos llamar deberes para con nosotros mismos, lo que ha de ser nuestra conducta en lo societario, en lo interno, en lo íntimo. En lo profesional y técnico reserva el futuro a la A.N.V.E. una considerable labor. Fue Chamberlain, si no me equivoco, quien dijo con gran acierto que 'el político que vive en lo pasado es un pedante; el que vive en el porvenir, un visionario; yo vivo en los cinco minutos próximos'. El verdadero hombre de Estado, y en reducida escala el hombre dirigente de una colectividad profesional, es ciertamente el que vive en los cinco minutos próximos con plena intensidad, pero acertando a encerrar en esos cinco minutos toda la experiencia del pasado y toda su visión del porvenir.

»Y nosotros tenemos una dura experiencia del pasado, que nos descubre graves equivocaciones. Desde que se dijo aquella tontería estilo decimonono, de que gobernar es transigir, viene sustentándose este mito, que, por otra parte, no cumplen más que los cándidos, los ingenuos como nosotros. La verdad, harto perogrullesca, es que sólo se debe transigir en lo que se pueda transigir. A veces, la transigencia trae el descontento de todos, el fraude para los que esperan soluciones verdaderas, el fracaso de los más acertados propósitos. Esa ingenua manera de pensar es una de las principales causas de que la Dirección de Ganadería haya alcanzado las bajas aguas por donde navega o naufraga. No hay que transigir en lo sucesivo con nuestros adversarios, sino presentarles valientemente la batalla hasta dejarlos reducidos a la triste situación de aquellos muertos de un cuento de Mark Twain, que se mudaron de cementerio despechados, porque ni siquiera en calidad de difuntos los recordaba nadie.

»Pero resulta infructuoso basar nada humano en la mera pugna con un adversario, sin antes tener cabal noticia de lo que se va a hacer en el

momento siguiente al de haber dado en tierra con los que nos estorban o nos enojan. Porque si, después de la operación polémica no se articula algo que se tenga en pie, gracias a su propia virtud existencial, poco o nada se habrá conseguido. El error, e incluso el absurdo en la vida pública, no suelen ser impedimentos que baste extirpar, como si fuesen tumores que, luego de extirpados, permitan al organismo rehacerse una vida normal. En modo alguno. Una diferencia raíz entre el ser biológico y el ser social es que el cuerpo del hombre no asimila en su nutrición guijarros ni venenos, mientras que el organismo social o administrativo puede sostenerse indefinidamente a base de burricie y de estupidez. Y hasta parecer que prospera con semejante régimen y que el hombre representativo de esa organización, bien cebado de necedad, se ostente carrilludito y orondo y exclame entre sonrisas acretinadas: '¡Parece que se vive!' Parece, pero no es.

»Y es preciso que sea. Se creó la Dirección General de Ganadería, entre la emoción, el entusiasmo, la ilusión y la esperanza de los veterinarios; fue uno de esos momentos raros de la vida en que la profesión tuvo la sensación de haber derribado barreras seculares, dejando abierto ante nosotros un camino nuevo, franco, claro, intacto. No haré ahora la historia lamentable de estos cuatro años de su existencia, porque ello me llevaría muy lejos. Pero consideremos esta evidencia: Que hoy está la Dirección empedregada, fracasada y lo mismo que en 1929 estaba la organización pecuaria oficial en poder de nuestros enemigos de fuera y de dentro, entregada en manos de malos veterinarios y caciques ganaderos. Y la A.N.V.E. tiene que reconquistarla por un sentimiento de dignidad profesional y de responsabilidad histórica. (*Gran ovación y vivas a la A.N.V.E.*)

»A la Veterinaria le importa de veras, positivamente, la Dirección de Ganadería; tiene un interés esencial, directo, vital, en que se afirme, prevalezca, amplíe su gestión y responda cada día más a sus fines. Por eso, la Asociación Nacional debe preparar su futuro, organizar su porvenir. Cuando reconquistemos la Dirección de Ganadería hemos de tener estructurado nuestro triunfo, y el Comité directivo os promete entregarse con voluntad y entusiasmo a ese empeño. Por nuestro personal esfuerzo, con la colaboración espontánea de cuantos nos la presten y con la ayuda pedida

o exigida de los mejor dotados, hemos de preparar, para un próximo día de recuperación, propuestas gacetales al Poper Público, desarrollar en Decretos y Reglamentos los distintos enunciados contenidos en las bases todavía inéditas de la Dirección de Ganadería: Un plan nacional de fomento pecuario, previo estudio de las condiciones naturales, económicas y sociales de cada región; una organización y distribución adecuadas de las Estaciones Pecuarias con el necesario engarce indestructible de los servicios de Cría Caballar; una reglamentación moderna de los concursos de ganados que les dé eficacia y ejemplaridad; una racional organización de los servicios de estadística y comercio pecuario que rinda la utilidad que de ellos puede esperarse; un plan para estimular el espíritu cooperativista de los productores, cuyo desarrollo es esencial para resolver el problema económico de la ganadería y sus industrias derivadas; una amplia concepción del crédito pecuario y del seguro de ganados, que a la vez que un formidable instrumento económico que se ofrezca al productor, represente un rico filón virgen e inagotable de actividad profesional; una mejor articulación de los servicios de sanidad pecuaria y de higiene bromatológica, y tantas otras disposiciones y tantos otros Reglamentos, todos los cuales, para ser eficaces, han de tener por denominador común este criterio fundamental y directriz: que hay que sacar a la Dirección de Ganadería de las covachuelas subterráneas del Ministerio para enraizarla vigorosamente en el campo, de donde ha de tomar la savia y donde ha de verter sus frutos, y que esas raíces capaces de hacerla resistir todos los huracanes de la adversidad sois vosotros, veterinarios rurales. (*Muchos aplausos.*)

»Sin vosotros no hay posibilidad de desarrollar en España una labor de fomento pecuario ni intentar siquiera una política del campo. Porque cultivo y cultura no tienen mera conexión gramatical, sino esencial y trascendente, y expresión el cultivo de la cultura como una de las manifestaciones o facetas, preciso es reconocer como uno de los factores de la productividad de la tierra el grado de ilustración del campesino, que siempre la transforma y mejora, pero a veces la crea. Y vosotros, intelectuales del agro, en unión del maestro y por vuestro permanente contacto con el campesino, podéis desarrollar una enorme labor social que transforme económicamente la fisono-

mía del país. Yo he visto con mis ojos un caso de esta acción social del veterinario, verdaderamente emocionante por sus resultados. Es una parda y quemada aldea de la meseta castellana, convertida por obra del inteligente esfuerzo en un pequeño jardín de las Hespérides. Camino del pueblo, por la carretera seca y polvorienta, la mirada se fatiga con la trágica pincelada de los bosques talados, de las raíces desnudas, de la sequedad de fragua de la tierra sedienta junto al río, sometida a un suplicio tantálico. Zumba en los oídos el eco doliente de la canción del Duero, cantada con ritmo de trágica elegía por la musa serena de Julio Senador. El río se va, se pierde, se interna en Portugal sin haber logrado calmar la sed de sus riberas calcinadas bajo la llama ingente del sol amarillo de Castilla. Por todas partes, el erial inmenso, la llanura inmisericorde, exhausta. Y bruscamente, como una transfiguración, como un contraste entre la vida y la muerte, surge el pueblo encuadrado en una magnífica acuarela luminosa enjorada con la gama interminable de los más puros tonos, desde el oscuro siena de la tierra saciada, ahíta de agua, hasta la maravilla de los verdes frescos y vigorosos de las plantas lozanas. ¡Milagro! Sí, milagro humano, milagro de la humana inteligencia servida por la voluntad; porque este oasis de imponderable riqueza era hasta hace poco uno de tantos míseros pueblos de Castilla que moría en la agonía lenta y torturadora de la sed. Del veterinario fue la idea salvadora; él llevó a las inteligencias oscuras la luz de la verdad, y a los espíritus angustiados la luz de la esperanza: allí, bajo aquella tierra calcinada, en el fondo de la sinclinal que la fisonomía geológica del terreno descubría al hombre de ciencia, había agua, que era la vida. Era preciso el esfuerzo de todos para realizar una enorme obra de colaboración social. Y con el esfuerzo de todos, en un lugar estratégico de páramo se abrió un pozo de treinta, de cincuenta, de setenta metros de profundidad. Los labradores hicieron mineros. Los buscadores de diamantes no buscan la riqueza con mayor afán, con tenacidad mayor que buscaron el agua estos labriegos. Un día surgió impetuoso el torrente, el pozo se llenó, en el fondo de la mina los yacimientos innumerables gallearon en borbotones colosales. Y mientras unos contrataban un motor, otros construían una red de canales inspirándose en aquel insuperable sistema de riegos que los árabes nos legaron.

»El corolario de este gran problema es una bella sinfonía de color: penden jugosos los frutos de las plantas vigorosas y lozanas, por todas partes se extiende la verde sábana jugosa de los prados y el tapiz de esmeraldas de la huerta riente. Un montón de oro es aquel erial de hace unos años. Cada gota de agua es una perla que se filtra en la tierra, buscando sus entrañas para realizar el milagro de la fecundación, y cuando el sol la besa, la tierra, en una enorme síntesis de sensualidad, se abre y se desgaja como en un parto inmenso, fabuloso, mientras el caudal inagotable sigue cantando la eterna canción del optimismo, en contraste con la triste elegía de la Canción del Duero. (*Gran ovación.*)

»He ahí un símbolo de España entera; he ahí un ejemplo de la enorme revolución económica que los veterinarios pueden llevar a cabo en el país, cuando realicemos la labor ingente que nos espera y para la que os requerimos, compañeros y amigos. No os acobarde considerar su grandeza y la adversidad de los momentos actuales. La vida es escuela de decepciones y hace, a lo mejor, un tónico del descorazonamiento; desencantar es, a veces, fortalecer. La obra realizada en estos veinticinco años de lucha no ha sido estéril, ni mucho menos; la cabeza y el corazón de los veterinarios han evolucionado y en la conciencia de nuestra sociedad se ha iniciado y aun avanzado mucho aquella transformación perseguida. Al cabo, la nueva Veterinaria, con el esfuerzo de todos, triunfará plenamente, definitivamente.

»No os desaniméis si, a veces, como ahora, parece que el pasado vuelve. No vuelve, no puede volver, y ¡son muchas las aureolas que no han brillado todavía! Dicen los resignados que hay que saber perder. No. Hay que saber esperar. Esperemos nosotros ateniéndonos a estas palabras de aquel maestro de firmeza que fue Bartolomé Cossío: 'Yo no tengo angustia; yo estoy tranquilo. La tranquilidad de un árbol robusto, del olmo, que ve pasar cielos y vientos. ¿Tendría angustia un olmo? Y no es que no me pregunte, que no piense; pero sin angustia. Ni optimismos, ni pesimismo: serenidad.' 'Cuando se vive en serio, se está tranquilo.'»

Una prolongada ovación y vivas a la A.N.V.E. y a Gordón siguieron a las últimas palabras del trascendental discurso del presidente de la Asociación Nacional, que fue felicitado y abrazado por todos los concurrentes. Terminó el acto ha-

ciéndose varias fotografías a la Mesa y de la concurrencia.

Acto seguido se celebró en un céntrico restaurante un bien servido banquete, en el que reinó la más cordial camaradería, y al final del cual hicieron uso de la palabra los señores Raya y Cobo Reyes para ofrecer, con el banquete, la seguridad de que serán rara excepción los compañeros de Jaén que no se inscriban inmediatamente en la A.N.V.E., Colegio de Huérfanos y Montepío; el inspector provincial, señor Moreno, para asociarse a estas manifestaciones; el señor Aguilera, para proponer que se enviase un telegrama de adhesión al señor Gordón; el señor García Bengoa, en nombre de los compañeros presentes de la provincia de Granada y, por último, el señor Sánchez Márquez, que agradeció en nombre del Comité las atenciones recibidas de los compañeros de Jaén y excitar a todos a que sientan vivamente los ideales profesionales, que han de verse realizados cuando el concepto puro de la justicia, que es dar a cada uno lo que merece, prevalezca sobre los egoísmos y los privilegios de casta o de clase.

Todavía fueron obsequiados los miembros del Comité y concurrentes al acto con una espléndida cena y una brillante fiesta andaluza en el caserío "Villa Teresa", propiedad del compañero Cobo Reyes, al que se trasladaron los concurrentes en varios coches y donde fueron cariñosamente atendidos por Cobo Reyes, prolongándose la agradable fiesta hasta las primeras horas de la madrugada.

En la mañana del día 11 salió de Jaén el Comité Directivo, siendo despedido en la estación del ferrocarril por los compañeros Vicente de la Torre, Cobo Reyes, Raya, Aguilera y Garrido, terminando la grata excursión con la llegada a las ocho y media de la noche a Madrid, en cuya estación esperaban al Comité, para reiterar la satisfacción sentida por la actuación de aquél en Jaén, los compañeros Vicente de la Torre, Cobo Reyes, Raya, Aguilera y Garrido.

El lector se habrá dado cuenta que en el discurso del presidente de la A.N.V.E., que por su elevado tono merecía ser íntegramente reproducido, ha hecho alusión, apenas iniciado, precisamente en el tercer párrafo, *al acierto, la efusión, la fragancia con que Salvador Vicente de la Torre supo interpretar los sentimientos (de los veterinarios de la Asociación Provincial de Jaén), de*

*compañerismo y fraternidad, en un acto que resultó de los más emocionantes y trascendentales de cuantos han celebrado los veterinarios españoles y se refirió al banquete con que quedó cerrada la Asamblea, y que vuestro presidente exornó con una brillante prueba de su inspiración poética y de la sensibilidad de su corazón.*

Esa Asamblea fue la celebrada por la A.N.V.E. con el carácter de extraordinaria en la semana del 13 al 17 de octubre de 1935, cuya crónica fue publicada íntegra en un número triple de *La Semana Veterinaria* (982-983-984), correspondiente al 20-27 de octubre y 3 de noviembre del citado año. En el párrafo por mí subrayado se hace referencia al banquete celebrado al final de la Asamblea, que fue en honor de tres veterinarios eminentes, los tres ya fallecidos para desgracia nuestra: Medina, Benito y Carda, y fueron comensales de honor un grupo de nuestros huérfanos residentes en Madrid, los cuales fueron recogidos por una Comisión de la Asamblea y ocuparon «la Mesa Regalo de esta fiesta», lo que elevó la emotividad en grado superlativo a cuanto pudiera imaginarse.

Lo importante en lo que a Salvador Vicente de la Torre se refiere es que fue él, como presidente de la Asociación Provincial de Veterinarios de Jaén, quien organizó y quien costeó este banquete como un homenaje de dicha Asociación a esos tres ilustres colegas, Medina, Benito y Carda, celebrado el 17 de octubre de 1935, en el Café Nacional de la calle de Toledo, que bien pronto se llenó de asambleístas, ya que el banquete había sido anunciado como la manera más adecuada de festejar la Asamblea Nacional Extraordinaria de la Asociación Nacional Veterinaria Española, que hizo historia.

A los postres, en este banquete, pronunciaron emotivos y elocuentes discursos la señora doña Consuelo Carmona de Gordón, Salvador Vicente de la Torre, en representación de la Asociación de Jaén, Julián Sotoca, en la de Toledo, Manuel Medina, en nombre de los homenajeados y Félix Gordón, que cerró el acto.

Bastaría en razón al motivo de esta Semblanza con publicar, como podemos hacerlo íntegro, el discurso de Salvador Vicente, no sólo porque habló en representación de la Asociación de Jaén, entidad organizadora del banquete, sino porque fue, en verdad, tan bello, tan elocuente, tan poé-

tico y tan exquisito y lleno de fondo, que bien mereció los aplausos que se le tributaron y el elogio unánime de cuantos tuvimos la suerte de escucharlo, pero tengo la plena seguridad que los lectores de estos hechos históricos, los más emotivos por su ternura y los más hermosos de nuestros recuerdos, se sentirían defraudados, si no tomáramos los discursos de todos los demás, comenzando por las palabras de doña Consuelo, quien con las demás señoras de los veterinarios atendieron con tanto cariño a nuestros huérfanos, y en nombre de ellas pidió un aplauso para éstos, cuyos nombres citó de memoria: Pilar Beltrán... Encarnación Alvarez... Irma García Armendáritz... María Fernández... Miguel Alvarez... Luis Conde... Ovidio García Armendáritz... Luis Fernández... Juan Antonio Torán... Mariano Espinosa... Pedro Espinosa... Ricardo Martín... y el alumno pensionista Heliodoro Hernández... quienes nos habían honrado sentándose a nuestra mesa, y que por nada del mundo dejaran de prestar su apoyo a esta institución en la que todos los buenos veterinarios deben mirarse para que cada día esté más floreciente y mejor.

Terminada la ovación a doña Consuelo, don Salvador Vicente de la Torre, el poeta laureado de la Asociación Nacional Veterinaria Española, pronunció estas palabras:

«Excelentísimo señor y amados huerfanitos; señores; compañeros y amigos todos.

»Hubiera venido yo, con la sola significación de mi modesta personalidad, y a buen seguro no habría buscado la colaboración de las cuartillas para ofrecer este sencillo y cálido homenaje y tejer una corona de alabanzas a los cuatro ilustres varones que nos honran al aceptarlo. Y no habría buscado la colaboración de las cuartillas, no porque fíe en mi palabra y en mis condiciones de orador, que sé nulas, sino porque entiendo que para entonar elogios en su honor, basta con que el corazón se suba a los labios y que, desde ellos, se derrame en sinceridades.

»Pero traigo la responsabilidad de la representación de una Asociación Provincial, que se honra con haber sido la iniciadora de este acto: están ellos muy dentro de mi afecto y tengo en la imaginación aún fresco y sangrante el recuerdo de los injustos atropellos de que recientemente hemos sido víctimas y de la postura *poco delicada* de cierto sector de la clase, por fortuna poco numeroso y no puedo exponerme a que mi carác-

ter de meridional, apasionado y vehemente, pueda llevarme, en la impremeditación de lo improvisado, más allá de donde quiero y debo ir.

»Por ello he preferido sacrificar la espontaneidad en gracia de la ponderación, controlando yo mismo previamente mis palabras.

»Pedí a queridos compañeros algunos datos biográficos vuestros, suponiendo cándidamente, que en nuestra vida profesional recta, clara y transparente podía haber algo que no conociera la clase y fuese digno de ser conocido. No hay tal y, por tanto, ni he de herir vuestra modestia con el relato de vuestros actos, ni hacer a los demás el agravio de suponerles una ignorancia que están muy lejos de tener. Así, pues, digo:

»Únicamente al azañ tenéis que agradecer la fatalidad de que sea yo el último de todos, quien haga bajar de tono la solemnidad de este momento, en el cual una nutrida y selecta representación de la clase acude a Gordón, ¡a su Gordón!, para ratificarle que las lucecicas de nuestra devoción por él y por su ingente obra están siempre encendidas, porque no existe vendaval capaz de apagarlas y rinde homenaje de admiración y simpatía, haciendo votos de gratitud eterna a tres de sus más preclaros hijos: Manuel Medina, Pedro Carda y Andrés Benito.

»La Justicia y la Razón son armas de tal fuerza, que siempre consiguen dominar a todos los espíritus nobles. Así ocurrió en el Pleno celebrado en el último junio. Tan dueña del ambiente era la opinión enfervorizada hacia esos tres insignes compañeros, tan unánime el latir de los corazones, que el mío, quizá por ser el de menor relieve y personalidad, acertó a reaccionar a las excitaciones del medio y tradujo al lenguaje vulgar a aquel diálogo de las almas.

»Este es el único argumento que disculpa y explica mi elevación a este primer plano desde los abismos de mi mediocridad, para decirles, o intentar al menos, a estos tres ilustres veterinarios que no perdieron el tiempo cultivando un erial, que en nuestros pechos florecieron las rosas del agradecimiento, que, eternamente inmarchitas, inmortalizarán su primavera.

»Tengo mucho miedo, lo confieso, de no acertar a transmitirles toda la grandeza de vuestros sentimientos. Aunque tengo también la sensación de estar impregnado y poseído de ellos, de igual manera que la caracola puede encerrar en su pe-

queño laberinto nacarado, todas las resonancias del inmenso océano.

»Medina, Carda, Benito, no veáis, pues, en mí, sino al torpe instrumento que una pirueta de la suerte designó para intérprete de esta maravillosa sinfonía de amor que los compañeros os dedican. Tomad por buenas las piedras falsas de mi tosca impresión y aceptad complacidos la humildad de mi disculpa: "Mire, señor, que perlas no me quedan; sólo puedo ofrecerle estas vulgares imitaciones de bisutería."

»La profesión veterinaria, tiranizada durante siglos por un régimen de incomprensión e injusticia; olvidada de los Poderes Públicos; menospreciada por todas las demás profesiones e ignorada por la sociedad era, sin embargo, ¿por qué no decirlo con valentía?, acreedora de tanto vilipendio, porque nada hizo por evitarlo, porque no opuso al atropello otras armas, ni defendió su integridad con más trincheras que las de su paciencia borreguil, a prueba de vejaciones. Tuvo que surgir en las filas profesionales un hombre, que uniese a su enorme talento, a su abrumadora cultura, un gran amor por la Veterinaria, una rebeldía innata e indomable para todas las tiranías, un asombroso dinamismo, puesto al servicio de una exquisita espiritualidad, para que, sumando a todas estaspreciadas cualidades su ilimitada abnegación emprendiese un éxodo a través de España, alumbrando todos los caminos y todos los espíritus con la brillante antorcha de su fe, en busca, nuevo Diógenes, de nuestra perdida dignidad.

»Y el milagro se hizo: al conjuro de aquella voluntad de hierro, de aquel verbo arrollador, cerebros y conciencias fueron despertando de su mortal letargo; las espinas dorsales, tanto tiempo encorvadas por el peso de la ignominia, fueron adoptando la necesaria perpendicularidad. Volvió a nosotros la hombredad perdida y conquistamos para los carteles de nuestro escudo, la flor de lis de una noble alcuernia espiritual, de un elevado rango científico.

Esto hizo por la Veterinaria y para la Veterinaria un hombre bueno, un hombre sabio, un hombre honrado. ¡Un hombre honrado! que, en opinión de Pope, "es la mejor obra de Dios".

»Aquella labor de titán se vio recompensada; prendió la bienhechora semilla, primero con medrosa indecisión, más tarde con arrolladora pujanza y la nueva religión tuvo millares de prosé-

litos, y el redentor pudo aliviarse de la carga, descansándola sobre los hombros de unos apóstoles que le comprendían y le amaban y comprendían toda la grandeza de su obra.

»En cosecha fecunda, vimos surgir poco a poco de nuestra tierra de promisión, en lo íntimo, la A.N.V.E., el Montepío, el Colegio de Huérfanos, que son nuestras tres Virtudes Teologales. La A.N.V.E. representa la Fe en nuestros destinos. El Montepío significa la Esperanza de un amparo para nuestra vejez y para nuestra desgracia. Y el Colegio de Huérfanos vale por la más noble de las tres, la Caridad, acogiendo amorosa a los hijos de nuestra carne.

»En lo oficial, en lo externo, surgió la Dirección General de Ganadería, derrumbada ahora por el terremoto de las restricciones, y todos los múltiples organismos que, dependientes de aquélla, nos colocaron en un nivel social parigual al de las profesiones afines; en el nivel que legítimamente nos pertenecía porque ya lo habíamos sabido ganar; porque ya lo habíamos conquistado en noble lucha a pecho descubierto.

»Pero faltaba algo de suma importancia, tanta, que si me lo permitís, diré que era lo más esencial. Faltaba nuestra manumisión del cazarro cerrilismo del monterilla rural; era preciso que, por la ley de los vasos comunicantes, nuestra situación económica, más que crítica, angustiosa, alcanzase el mismo nivel que socialmente habíamos conseguido.

»Se puso sobre el tapete una baraja de incógnitas... Mancomunidad, Coordinación Sanitaria... y como en todo juego de intereses comenzaron el egoísmo, la malicia y la incomprensión a querer jugar sucio y con ventaja: y quiso el prejuicio arrastrar al sentido común hasta el abismo de la injusticia.

»Hubo de pensarse después en dar vida y estructura a esa ley blanca, sin alma; y con el fin de confeccionar el Reglamento para su aplicación, nació la comisión o Conferencia de Coordinación, de cuyo seno formaron parte, ¡y de qué modo!, Medina, Benito y Carda.

»Hablaros de la labor realizada por ellos en dicho organismo resultaría tan pueril como intentar convencer a un enamorado de las bellas y excelencias de la amada.

»Todo allí les era hostil; aun los elementos que por afinidad profesional y hasta por identidad de intereses debían mostrarse amigos y valedores,

les tapaban el paso, más o menos encubiertamente, con el espinoso de su hurañía. Y en lucha tan desigual, por el número y por los procedimientos, a fuerza de inteligencia, hombridad y tesón, ganaron la más decisiva de todas las batallas libradas por la Veterinaria, consiguiendo para nosotros ventajas tan considerables sobre los demás, que aún hoy, que el fatalismo de lo consumado debía callar bocas y frenar pasiones, rompe el despecho, a cada paso, los diques de la prudencia y vierte la amargura de su bilis sobre el cadáver de la derrota.

»Eso hicisteis por nosotros, con el más noble desinterés y el más elevado altruismo. Ese trabajo no os lo pedía ningún egoísmo personal. Ninguno de los tres ibais a obtener provecho propio. Eran vuestros compañeros; fuimos vuestros hermanos, quienes recibimos la recompensa de ese generoso esfuerzo. Fueron los veterinarios rurales los que se sacudieron el yugo de la tiranía caciquil, no teniendo que aceptar más tutela ni reconocer más jefatura que la del compañero provincial, que, por venir de un compañero, honra y enaltece en vez de depravar y envilecer. Fueron los hogares de los veterinarios rurales los que vieron alejarse el fantasma del hambre y entrar por sus puertas, no el lujo y el regalo, pero sí, al menos, el bienestar y la tranquilidad del pan seguro y de la educación de los hijos.

»¿Qué mucho, que ahora nosotros os repitamos lo que os decía al principio? No habéis perdido vuestro tiempo cultivando un erial. Yo os juro que todos los pechos aquí presentes serán cómodo albergue de vuestro grato recuerdo y robustas corazas que os defiendan de posibles agresiones. Porque es lo cierto, aunque también sea lo inaudito, que entre las flores y el follaje de los arcos de triunfo que los leales os levantamos con delirante entusiasmo, existen escondidas miradas y lenguas de ofidios prontos a verter su ponzoña en el seno que los calentó.

»Aunque nos parezca monstruoso hay quienes en vez de elogiar calumnian y en lugar de defender atacan, quizá porque, impotentes y cretinos, no aciertan a comprender, porque no sabrían realizar la grandeza de vuestra acción.

»Pero, ¡bah!, no demos demasiada importancia a quienes, soñando con ser sultanes, no pasaron de ser eunucos, y digamos con don Antonio Maura "ningún proyectil tiene más alcance que el del arma que lo dispara".

»Quizá en la vida nos sean más útiles que los amigos los adversarios, porque si, en la bondad de aquéllos encontramos muelle almohada donde recostar nuestra indolencia, la maldad de éstos nos sirve de espolique de nuestras actividades y de acicate para nuestras nobles ambiciones. La vida es lucha y hasta los canes que nos asaltan al pasar nos sirven de medida de nuestra acción, según el sabio proverbio árabe, "ladran, luego caminamos".

»En cambio, sí debemos conceder la máxima importancia a otra clase de enemigos, que por encontrarse al abrigo de una fortaleza inexpugnable hieren a mansalva, con todas las garantías de éxito para su *heroicidad*.

»Ya nos arrojaron la primer andanada. A ésta seguirán otras, no lo podemos dudar, con la vana intención de desmoralizarnos. Pero no lo conseguirán. Es necesario que no lo consigan... o estamos irremisiblemente perdidos para siempre ¿Y cómo lo evitaremos? Conservando una fe inquebrantable en nuestros organismos y en los hombres que los rigen. Agrupándonos más que nunca en torno a la gloriosa bandera de la A.N.V.E. Haciendo pedestal de nuestros cuerpos, para colocar en su ápice a estos gloriosos luchadores y a todos los que, de una u otra forma, merecieron o merezcan ser estandartes señeros de esta brava legión; y, al seguir nuestra ruta ideal de románticos, de eternos perseguidores de una ilusión, diciendo con nuestro señor don Quijote: "Mi desencanto, el pelear."

»Me trajo hasta aquí el cumplimiento de una sagrada misión, en cuya balanza estaban equilibrados el miedo de la responsabilidad, con el valor de afrontarla; el temor de caer en vuestro enojo al defraudaros por mi ineptitud con el orgullo que para mí supone ennoblecer mi boca enalteciéndoos. Aunque desnivelé la báscula por el siniestro brazo, ya está casi cumplido mi compromiso.

»Únicamente expresaré a todos la gratitud que ha de guardarles la Asociación provincial Veterinaria de Jaén, por la eficaz ayuda prestada para el más lucido éxito de este acto en el que Asociación no puso más que el esfuerzo inicial. A ella vengo representando; y yo os juro que no sería ya su presidente, si no pudiese decir ahora lo único interesante de este discurso. Somos 121 los veterinarios de la provincia de Jaén. Todos, como

un solo hombre, estamos espiritualmente adheridos a este acto.

»Amigo Carda, amigo Benito, prolongar imaginativamente esta mesa para otro centenar de comensales que tienen ahora su alma muy cerca de la vuestra. Amigo Medina, tú, que has sido y serás mientras vivas el padre de nuestros huérfanos, porque tu corazón es una siempreviva con un amor en cada pétalo, ¡leva el ánimo y alégrate! La Asociación de Jaén te enviará para ellos 1.210 pesetas correspondientes a los 121 cubiertos espirituales de sus asociados.

»Jóvenes, que sois la esencia de nuestros más puros amores; hermanos de nuestros hijos, habéis traído hoy hasta nosotros, una nota de conmovedora ternura. Ya veis cómo se conducen los veterinarios. Tendrán sus luchas, sus egoísmos, sus pasiones... que son humanos, y los humanos no pueden evitar que, a las veces, se desconche el barniz que los decora y deje al descubierto el barro de que están hechos. Pero son nobles y honrados en su mayoría. Dotados de una contextura moral muy superior al ambiente, porque se la inculcó un hombre muy superior a su época, don Félix Gordón Ordás. Poseedores de una exquisita espiritualidad, porque se la transmitió la Reina Madre de vuestros sueños azules y eterna Vestal de nuestro fuego sagrado, doña Consuelo Carmona de Gordón.

»Habéis venido a esta mesa para honrarla con vuestra inocencia, santificada por el dolor, para compartir nuestro pan y nuestra sangre, en la más conmovedora de todas las comuniones.

»Nada nos debéis; muy al contrario, os somos acreedores a la honra de mayor elevación de vuestra vida; que nada enaltece tanto, como sentir en la conciencia la caricia suave de una buena acción.

»Mañana, cuando seáis hombres, la vida, la eterna madrastra, marcándoos rumbos distintos, rompa para siempre el encanto de esta convivencia de vuestra niñez y aprendáis de falsías y de traiciones, de luchas y de odios, haced de cuando en cuando un alto en el camino, volved la vista atrás y recordad este momento pensando: "Había entonces unos hombres buenos que nos ofrecieron el regalo de su cariño, como un rocío para las rosas de nuestro huerto silencioso". Con ese recuerdo nos encontraremos pródigamente pagados.

»Mujeres veterinarias; musas de nuestras ri-

mas; gentiles búcaros que venís a exonar nuestros actos con la gallardía de vuestra presencia; que disipáis nuestras inquietudes y endulzáis nuestras amarguras; que ponéis alas en nuestro corazón porque no camine a ras de tierra y suba alguna vez a las alturas a dialogar con las estrellas. Porque vinisteis y porque me escuchasteis os debo un madrigal.

»Del lado allá de Depeñaperros, de mi adorada Andalucía, de esa bendita tierra donde los hombres son buenos por ser alegres o son alegres por ser buenos, y las mujeres, almas de María en cuerpos de Friné, tienen prendida del terciopelo de sus ojos la adorada luciérnaga de su eterna ilusión; yo, que algunas veces sueño en voz alta, como los poetas, vine hoy a este jugoso corazón de España, gentil y acogedor, más regocijado que nunca; porque mueve mis pasos el más noble de los sentimientos humanos: la gratitud.

»Con mi dulce carga lírica traigo en mi corazón toda la alegría de nuestro cielo; y estereotipada en mis pupilas la visión de sus campos ubérrimos, siempre bellos, lo mismo cuando la primavera cubre su gallardía con el pañuelo bordado de su esplendorosa floración, que ahora, en la otoñada, cuando sus olivares en geométrica disposición, al trepar por las lomas rosadas, color de carne, fingen mantillas de madroños sobre gentiles bustos de mujer.

»Vine a depositar mi ofrenda, llena de cálida emoción, ante este triunvirato de varones ilustres; pero al llegar hasta vuestras plantas, sólo tengo arrestos para depositarla en ellas. Únicamente así conseguiré logrado mi propósito, ya que vuestras manos de hada sabrán transformar esta hojarasca de mi palabrería en mirtos y laureles y tejer coronas para adornar las frentes de los elegidos, que es lo que yo quise hacer... y no supe.»

Una formidable ovación cerró las últimas palabras del señor De la Torre, levantándose los comensales a abrazarle llenos de entusiasmo.

A continuación, don Julián Sotoca leyó las siguientes cuartillas:

«Señoras, señoritas, compañeros: Una profunda e intensa emoción embarga mi espíritu. Tiene tal poder emotivo y sentimental este acto por su ternura, que difícilmente podrá ser superada por ningún otro. Es decir, que nos inunda de goce íntimo y de satisfacción plena. Está cumplido nuestro mayor ideal. Las zozobras y amarguras de los primeros años hasta la creación del Colegio

de Huérfanos de los veterinarios españoles pasaron felizmente para no volver. Hoy está realizada la obra cumbre de la Veterinaria. Ante ésta yo os digo, con toda la gratitud de mi alma, que no hay nada, porque nada representan las mejoras que hemos obtenido y las que podamos alcanzar si nuestros hijos se encuentran en la calle cuando desaparezcamos para siempre del hogar. No basta el calor de la madre, si les queda, porque la poesía materna se torna en vulgar prosa si no la acompaña el incentivo de la tranquilidad y protección económica y moral, si dignamente no se encuentra protegida, y si falta esta protección, el hogar se volverá triste y sombrío y de él se hará dueño el destino adverso, con la desolación y la ruina.

»Pero no, los veterinarios no podemos temer por la suerte de nuestros hijos; los veterinarios han querido y sabido ser previsores para con ellos, y han realizado en un pequeño esfuerzo, pero con férrea voluntad, la aspiración de muchos años de desvelos. Si todos nos diéramos cuenta de la importancia de esta fundación las consecuencias serían incalculables. Es de esperar que, en un corto espacio de tiempo la vida próspera y desahogada que hoy tiene el Colegio será acrecentada con nuevos alientos y aportaciones, hasta conseguir nuestro edificio propio, del que haremos santuario de nuestra vida, y al que dedicaremos el fervor y el mismo que merece la casa-albergue futura de nuestros hijos, mirándonos en el espejo de los que hoy tenemos.

»Huérfanos de la Veterinaria: Ayer os vimos queridos hijitos nuestros en la suntuosa residencia que disfrutáis del Instituto "Antonio de Nebrija", ayer os vimos, ¡adelantados alumnos!, con los ojos del alma; ayer os vimos, ¡caballeros alumnos!, pudiendo comprobar vuestra satisfacción y alegría, alegría y satisfacción que nos comunicasteis para siempre; ayer vimos preciosas niñas aprendiendo a ser hacendosas y útiles mujercitas del mañana. Nos llenasteis de emoción y arrancasteis unas lágrimas de emotiva ternura a la dama excelsa que lo dio todo hasta conseguir sus piadosos fines. Dios premie aquellas lágrimas de alegría y haga que sean semillero fecundo de mayores triunfos. Y ante aquellas lágrimas, yo os digo que no temáis, queridos niños, estáis en buenas manos. Vuestro porvenir está asegurado. Tenéis otra madre que vela vuestro sueño de ilusión. Dormidle tranquilamente, porque el Hada bien-

hechora os defenderá de cualquier amenaza que le aceche.

»Doña Consuelo Carmona de Gordón: Rendidamente os dedico el homenaje de mi gratitud a que os habéis hecho acreedora.

»La Asociación toledana que represento así me lo encarga.

»Ayer, ante vuestra ternura infinita delante de nuestros huérfanos, me hicisteis pasar las horas más emocionadas y felices de mi vida, y vuestras lágrimas supieron alcanzar las nuestras furtivas haciéndonos olvidar los sinsabores de la vida y trasladarnos al imperio de la realidad ilusionada. Así, pues, señora, yo os proclamo Madre de los huérfanos de la Veterinaria. He dicho.»

También fue largamente aplaudido, acentuándose los aplausos al levantarse a hablar el señor Medina, del que sólo en extracto podemos ofrecer su discurso.

Dijo don Manuel Medina:

«Hace unos meses, en un momento de depresión de los que sufre el espíritu de los pobres hombres que no tienen el alma bien templada para la lucha, me sentí confortado por una iniciativa de Salvador Vicente de la Torre, ese formidable poeta que sabe engarzar el hilo de perlas su lírica con las avemarías de su cordialidad. Fue su iniciativa este homenaje, que yo hubiese rechazado si se hubiese proyectado en mi honor, pero que hube de aceptar complacido por que se dedicaba a estos dos hombres, Carda y Benito, tan dignos de vuestra gratitud y porque—así lo dije entonces—lo estimaba como una exaltación del espíritu de la A.N.V.E., que era el que nos había impulsado durante nuestra actuación en la Conferencia de Coordinación Sanitaria.

»En aquel instante de depresión, cuyas causas y actores hemos visto reproducirse ahora en la Asamblea, fue primero la palabra confortadora de un querido compañero, Félix Infante, que no está hoy entre nosotros porque, según mis noticias, pasa por la pena más angustiosa que puede sufrirse, la de ver morir a su madre, y al que dedico un cariñoso recuerdo; y fue después la caricia consoladora de Salvador Vicente de la Torre, cuya palabra encendida habéis escuchado ahora con esas bellas cuartillas en las que ha recogido todos los amores de la mujer andaluza y el fuego y los colores del sol de su tierra para hacernos sentir este momento de insuperable emotividad.

»Siento yo romper el encanto del momento con mi palabra improvisada. No era yo quien había de daros las gracias por vuestro testimonio; era Benito, y así lo había yo querido, con el deseo de que su figura, tantas veces y tan injustamente maltratada, adquiriese en este acto el relieve merecido por el entusiasmo, acierto, energía y constancia que caracterizaron sus actuaciones en la Conferencia de Coordinación Sanitaria y que revalaban su conocimiento y su preocupación por el problema de la Veterinaria rural, puesto por él en el primer plano de sus afanes y desvelos. (*Aplausos.*)

»Y junto al ímpetu acometedor de Benito, al lado, y en contraste de su enérgica actitud, el frío razonamiento científico incontrovertido de Carda, la profunda lección de doctrina sanitaria que en cada intervención ofrecía a los conspicuos de la Sanidad, la serena crueldad con que destrozaba la deleznable argumentación de sus adversarios. Bien merecido tienen estos dos compañeros el homenaje de gratitud tan efusivamente proyectado por ese formidable poeta andaluz y tan cordialmente secundado por vosotros.

»Y para que nada falte en él habéis asociado en vuestra gratitud y afecto a Gordón; no podía ser de otro modo, porque cualquiera que sea la situación que el porvenir reserve a nuestro Gordón, él será siempre para todo buen veterinario el forjador del espíritu veterinario de hoy, el alquimista maravilloso que encontró la fórmula integral del ideal profesional y el afortunado realizador de ese ideal en la magnífica concepción de la Dirección General de Ganadería. (*Muchos aplausos.*)

»Habéis querido, en fin, que ninguna faceta del espíritu de la A.N.V.E. deje de dar su reflejo brillante y encendido en este acto, y están los huérfanos de nuestros hermanos provocando en nuestras almas una conmoción emotiva que, no obstante, las lágrimas que vemos en los ojos—en los de ellos y en los nuestros—no es emoción de tristeza, sino de alegría, de inmensa alegría por el bien que hacemos en nosotros; de alegría, de reconocimiento y de felicidad de sentirse protegidos, en ellos, en los niños que al perder a su padre encontraron otros tantos padres en los que aquí estamos reunidos y en todos los veterinarios repartidos por todos los pueblos de España, cuyos corazones palpitan con el mismo sentimiento que a nosotros nos conmueve... (*Gran ovación.*)

»Si alguien sobra aquí soy yo, que no hice otra cosa que cumplir estrictamente el deber que me imponía mi condición de presidente de la A.N.V.E. de defender intereses; lo hice con cierta fortuna, y nada más. Pero, no obstante, he querido ser yo quien os expresara vuestro agradecimiento, porque era necesario que os hablase antes de separarnos. Acabo de pasar por otra situación de desánimo, de debilidad, durante la cual me rendí al deseo—a la necesidad, mejor—de dar a mi cuerpo y al espíritu el descanso que necesitan. Pero me habéis pedido un nuevo esfuerzo y yo quiero deciros que no sé si era cobarde cuando quería abandonar toda actividad o mi cobardía está en entregarme otra vez a vosotros en cuerpo y alma; pero en cuerpo y alma me entrego, sintiendo cómo en los choques con lo que la vida tiene de duro y de ingrato se va templando mi espíritu y voy haciéndome hombre de lucha. (*Aplausos.*)

»Y hay en esta entrega tanta abnegada renunciación, tanto olvido, tanto perdón, que os aseguro que en mí se realiza la invocación que os dirigía al final de mi discurso de apertura de la Asamblea: “Despreciémonos, cada uno a sí mismo, como personas, lo que será tanto como exaltarnos y enaltecernos como veterinarios”.

Una gran ovación acoge las últimas palabras de Medina, ovación que se enlaza con la que todos los presentes, puestos en pie, dedican al señor Gordón cuando éste se levanta para hablar.

He aquí en extracto el discurso del señor Gordón Ordás:

«Señoras, compañeros y amigos: Para el peregrino que camina descalzo recorriendo senderos infinitos no puede haber satisfacción espiritual mayor que encontrarse al fin con el oasis.

»Dura y larga la lucha que ha llenado mi alma de cicatrices, estaba yo realizando mi cura al advenir esta Asamblea que acabáis de celebrar.

»En otros campos ajenos a mi profesión fue lacerada mi alma y sufrió mi carne viva el tormento de la agresión imprevista e injusta.

»Y he aquí que cuando menos podía imaginarlo encuentro en mis antiguas tiendas estas vivas fuentes de la emoción confortadora, maravillosa emoción que, haciéndonos asomar las lágrimas a los ojos, viene a purificarnos el alma de las huellas que en ella dejaron los golpazos de nuestra lucha de todos los días.

»La A.N.V.E. será eterna, porque cuando se sabe sentir como ella siente, palpitando ahora la

ternura que inspiran estos chiquillos, trémulos de emoción en nuestra mesa, los hombres que se unen en este momento, que parece de dolor y es de alegría, subliman su profesión, la cual alcanza así la cúspide de lo perfecto.

»Hasta mí han llegado en estos días voces de compañeros que expresaban angustias y temores. Yo estaba bien seguro de que nada había que temer, porque brotarían al cabo del fondo del alma los grandes anhelos profesionales, esta ansia de vivir, de infinitamente ser, que existe en los veterinarios.

»Inútil será que se despliegue el odio del egoísmo y de las bajas pasiones ante nuestra Veterinaria, porque ella arrollará a los inútiles y a los bárbaros incapaces de sentir este anhelo de espiritualidad. (*Ovación.*) En el alma de nuestros luchadores no debe hacer mella la baba de quienes pretendan manchar con ella conductas limpias y ejemplares, que están por encima de su maledicencia.

»Como dijo nuestra Teresa de Jesús, “triste sino el de los que no saben amar”; para ellos el mundo será como una cueva sombría en la que les ahogarán sus propias miserias. (*Gran ovación.*)

»Era necesario que se realizara el cuerpo a cuerpo entre unos y otros en esta Asamblea, y a Medina le digo ahora, para confortar su ánimo, que en adelante no se puede tener ni olvido ni perdón, porque quienes no aciertan a acallar sus apetitos subalternos ni a anteponer a sus personales pasiones los grandes ideales de la profesión, no merecen vivir con nosotros. Ya tiene la A.N.V.E. la suficiente fortaleza para permitirse el lujo de seleccionar.

»Una cosa es tener el título de veterinario y otra cosa es sentir el espíritu que ha forjado la A.N.V.E. Todos podrán explotar el título, porque no podemos cerrar las Escuelas a los que carezcan de elevados sentimientos. (*Ovación.*) Pero quienes no sean capaces de sentir como nosotros e incorporarse al ritmo con que marchamos hacia nuestro ideal infinito, que se aparten voluntariamente a vivir su vida, pues de lo contrario nuestro empuje los arrollará.

»El ambiente es de lucha y por eso mi mayor satisfacción es haber visto que habéis llevado al Comité unos hombres que han mantenido lealtad constante al espíritu de nuestro A.N.V.E. (*Gran ovación.*) Hace falta la definición clara y rotunda y mantenerse en posiciones que no ofrezcan la

menor duda. Nada de contemporizaciones ni de debilidades. La A.N.V.E. llamó oportunamente a todos para que se incorporasen a la gran obra de trabajo que reclama constantemente nuestra profesión. Unos se quedaron fuera de nuestra bandera. Hicieron bien. Otros, encubriendo su propósito, penetraron en nuestra organización como aquellos guerreros que se metieron en las entrañas del caballo de Troya con la finalidad de atacar mejor al enemigo. Esos harían bien en irse. Crítica objetiva, limpia de malas pasiones, sí; pero respeto sagrado a las personas que dan cuanto tienen en beneficio de la obra común.

»Definición clarísima, porque sólo así llegaremos a ser grandes, que la grandeza no la da el número, sino la cohesión. Gracias a ella se ha podido realizar nuestra obra fundamental, que es la del amor.

»Cuántos muchachos tuvieron la desventura de perder a sus padres, desde los hijos de nuestro gran Armendáritz, que ocupaba una elevada posición en nuestra clase, hasta aquellos que nacieron en el ambiente del caciquismo de calzón corto, todos perdieron ciertamente su padre individual, pero adquirieron por nuestro empeño, un padre colectivo, la Veterinaria, que los colma de amor. ¡Qué mayor pena para los enemigos de la A.N.V.E., que no poder disfrutar del cariño de estos huérfanos y de la satisfacción que nosotros sentimos al contemplar nuestra obra!

»Recordaréis los que me escucháis, sobre todo los que asistieron desde el principio a las luchas que engendraron nuestra Asociación, que siempre dije en ellas algo que no me canso de repetir, la famosa frase de Goethe: “Adelante hasta por encima de las tumbas. Hasta por encima de los altares. Adelante, siempre adelante”.

»Esta frase ha sido magníficamente interpretada gracias a que hemos contado con hombres que no se han doblegado en los momentos difíciles y lograron uno y otro día, sin reparar en sacrificios, nuevas conquistas para nuestra profesión.

»Y así hemos de continuar. Adelante. Hasta sobre nuestros propios muertos. Dejaremos todos sobre ellos las lágrimas de nuestro dolor y los que sean creyentes les ofrecerán además una oración.

»Adelante. Nuestro respeto piadoso a los vencidos; pero sigamos avanzando sin volver la vista, que eso requiere la lucha.

»Nadie puede ser mejor conductor de nuestras masas que Manuel Medina, que acaso no es un

luchador esencial, acaso por incapacidad de resistencia física, quizá porque su exceso de espiritualidad no le permite ver la inmensidad del bosque, porque se antepone a su cuerpo menudo el obstáculo de cuatro árboles enanos. Pero es luchador espiritual, porque es poeta, y como poeta sueña; porque ve una Veterinaria mejor en la lejanía y hacia ella camina. Somos hombres de fe, hombres de espíritu, porque sabemos dar saltos en el vacío, impulsados por el trampolín de las ideas y sabremos mantenernos en el aire, aunque sea agarrados a la cola de una estrella.

» ¡Huid de los que no ven más allá del alcance de un día! ¡Seguid a los soñadores!

» Yo quiero decir a Medina, que cuando desfallezca su cuerpo me tiene a mí detrás, que estoy hecho a toda clase de embates. (*Ovación.*)

» Marcharos todos a vuestros pueblos con seguridad de que por encima de las notas discordes que se lanzan contra la A.N.V.E. suena la armonía gloriosa de una amplia finalidad, hacia la cual vamos con firmeza. ¡“Qué importa lo que nos salga al camino!” Si son amigos, nos fortalecen con su ayuda; si enemigos, sus injurias nos espolean.

» Los hombres de espíritu fuerte, cuando se clava en su alma una idea, no descansan hasta que logran su realización. Cuanto les ayuda, fortalece su fe, y lo que les combate, estimula en ellos el espíritu polémico. De esta suerte se crea un sentido de religiosidad a la vida.

» Se puede o no creer en un más allá infinito; pero lo que no hay más remedio que creer es en el innato sentimiento de religiosidad que le hace al hombre preguntarse el porqué de su existir y de su caminar por el mundo y de su profunda preocupación por el más allá.

» Por eso surgen, hasta en cosa al parecer tan prosaica como la profesión veterinaria, poetas, metafísicos y filósofos, que orientan su espíritu hacia una alta cumbre con el ansia de coronarla.

» Volved la vista atrás los que seáis más escépticos y veréis la distancia que separa, no ya la Albeitería, sino la Veterinaria moderna, de la Veterinaria de hoy, y, sin embargo, es ahora cuando estamos empezando. Caminamos aún cuesta arriba por estrecho sendero de cabras, la vista fija en un ideal, que nunca nos dejará satisfechos, y si en el camino vacilamos y encontramos una mata que creemos amiga, y se desgaja al agarrarnos a ella y no nos sostiene, todo menos desfallecer.

En nosotros mismos encontraremos nuevas fuerzas que nos ayudarán a seguir ascendiendo.

» Estos huérfanos de hoy harán mañana la profesión tan fuerte y elevarán tanto su nivel que no sólo se podrá tutear con las demás profesiones, sino llamarla de tú, que no es lo mismo.» (*Gran ovación, que se mantiene varios minutos, oyéndose vivas a Gordón y a la A.N.V.E.*)

## SALVADOR EN FAMILIA

Salvador Vicente de la Torre contrajo matrimonio con Luisa Montes Rodríguez, hija de una hacendada familia, el día 4 de mayo de 1923, a los seis años de haber terminado su carrera.

Fue éste un matrimonio modelo; trabajador irreprochable él, compañera ejemplar ella, silenciosa, amorosa y paciente, que supo aceptar la incómoda posición de esposa de un veterinario activo, a quien sus múltiples ocupaciones, a veces en las madrugadas, y en las horas más absurdas, forzaban largas ausencias del hogar.

Fue para mí un placer extraordinario saludar personalmente a esta gran señora, en ocasión de mi última visita a Jaén, en aquella deliciosa e inolvidable visita de dos días en la última semana del mes de junio (el 26 y 27) de 1972, a la capital más recoleta de Andalucía, y recuerdo que, en presencia de su esposo, y su hijo Salvador, entonces todavía soltero, le dije:

«Señora, usted, como todas las señoras que tuvieron la suerte o la desdicha de casarse con uno de los veterinarios de mi generación, ignoraba que todos y cada uno de ellos, por el hecho de ser veterinarios, estaban ya cuando se casaron manteniendo una “querida” ambiciosa, amantísima e insobornable que, como dice mi esposa, no por ser asexual deja de ser más peligrosa, porque ella, por encima de todo y sobre todo, se apodera de todas las horas de sus días, y no le deja a usted más beneficio que el de ser madre de sus hijos.»

Integran esta noble familia, para la fecha en que yo los visité (junio de 1972), cuatro hijos, de los cuales tres casados: el primogénito, Vicente, con Rosi Gutiérrez González, le ha dado ya dos nietos: Salvador Vicente, que este año termina dos carreras que está haciendo al mismo tiempo en Madrid, la de veterinario y la de médico, y Manolo José, ya a punto de hacerse Bachiller; Luisa, casada con Miguel Sánchez Mateo, le ha dado también cinco nietos: Juan Miguel, Salvador, José

Luis, Luisa María y Carmen; le sigue Salvador, abogado y soltero para la fecha de mi visita, hoy casado, destinado en Gerona como técnico de la Jefatura de Tráfico, plaza que ganó por oposición en marzo de 1974; y, en fin, la menor, Josefina, Licenciada en Filosofía y Letras, casada con Angel Navarro del Nido, dio a esta familia dos niñas encantadoras, Pilar y Luisa, hoy bellísimas señoritas.

La impronta que Salvador Vicente de la Torre ha dejado en su familia se revela en su hijo mayor, Vicente, que se hizo veterinario, como lo fueron su padre, su abuelo y su bisabuelo, y cuyo hijo mayor, como antes cité, será también, para este año, otro veterinario más en la familia. Este, como será el quinto y damos por descontado que no hay quinto malo, esperamos y deseamos que sea el que multiplique cuando menos por cinco las grandes virtudes de esta tan honorable como magnífica familia. Por lo pronto, Vicente, el padre de Salvador Vicente es hoy un prestigioso jefe, en el Cuerpo de Veterinaria Militar y así lo fue para orgullo de su propio padre, mi ilustre biografiado don Salvador Vicente de la Torre, y es también profesor adjunto de la Cátedra de Anatomía Veterinaria y Disección, en la Facultad Veterinaria de Madrid, en la Universidad Complutense.

En cuanto al hijo de éste, Salvador Vicente, como el abuelo, y por si ello fuera poco, su primer nieto, recibió de nuestro poeta, apenas nacido, este bellísimo soneto:

A MI RIMER NIETO ANTE SU CUNA

*Semilla que mi amor dejó sembrada  
y es carne de mi carne florecida  
Tierno esqueje del árbol de mi vida  
ya por segunda vez transustanciada.*

*Relevo que prolongas la jornada  
cuando ya la llorábamos vencida  
y nos devuelve, con la fe perdida,  
la ilusión por la Gloria ambicionada.*

*¿Qué le guarda el destino misterioso?  
¿Le hará tan bueno como lo hizo hermoso,  
Dios, a quien tan de veras se lo pido?*

*El me conceda que mi nieto sea,  
Aguila, Estrella, Rosa, Vuelo, Idea,  
Cuanto yo soñé ser y no he sabido.*

Quisiera rogarle, en fin, doña Luisa, que me concediera el honor de permitirme dedicarle esta Semblanza a usted, que por ser la de su marido es a usted, señora, a quien más legítimamente pertenece. Y perdóneme también a mí, doña Luisa, porque la tan querida amante de su esposo, la veterinaria, también es mi querida, la misma que en España nos subyuga a más de cinco mil veterinarios.

Yo quisiera contarle a usted, a sus hijos y a sus nietos, que allá, por el final del segundo decenio de este siglo, precisamente en el año 1928, una mujer, Consuelo Carmona de Gordón, cuyo nombre veneramos sin una sola excepción todos los veterinarios de España, estemos donde estemos, hoy octogenaria, fue la esposa de don Félix Gordón Ordás, hoy es su viuda, quien dicho sea de paso, fue una mujer muy guapa en todos los sentidos de tan españolísima palabra, formó aquel citado año, con sus amigas, las esposas de otros veterinarios, una Asociación de mujeres de los veterinarios españoles, con el fin de ayudar a sus maridos en la tarea diaria, siempre dura y compleja, que comienza con el despertar de las estrellas y se entraña en jornadas forzadas, sin horario fijo, rompiéndoles el pecho con la vida. Y esa Asociación tan femenina, la primera aparecida en la historia de la veterinaria mundial, sacudió de lo vivo el espíritu profesional de esta clase social, recorriéndose las provincias de España, una tras otra, aprovechando las reuniones de aquella inolvidable Asociación Nacional Veterinaria Española, la A.N.V.E. hasta lograr, como lo lograron, que el Colegio de Huérfanos Veterinarios se creara, y dejara de ser por siempre y para siempre una entelequia vana. Porque en aquella España, la de Salvador Vicente y la mía, la de la A.N.V.E., y consecuentemente la de cinco mil veterinarios rurales, dejaron de estar abandonadas las viudas y los huérfanos de aquellos profesionales, sobre todo las de esos que acabo de citarle, a los que todavía llaman titulares, en la España de hoy, la de los que trabajan en el campo, en los pueblos y en las aldeas, con ingresos más que mezquinos, quienes al morir sólo podían dejar como herencia un gran caudal de desesperanzas.

A doña Consuelo Carmona, viuda de Gordón, fundadora y presidenta honoraria del Colegio de Huérfanos de los veterinarios españoles, hoy residente en México con sus hijos y sus nietos, como a usted ahí en Jaén, o en Granada con su hija y

sus nietos, y como a tantas y tantas, jamás dejó ella de sostenerlos con su sonrisa y su alegría cascabeleras e inmanentes, con la enorme fortaleza y la energía de su espíritu, les estoy enviando desde aquí, desde esta mi querida tierra venezolana, este manojo vivo de recuerdos y la expresión de cariño leal y sincero a la memoria de quienes, como su esposo, nos dejaron para siempre y en la Gloria de Dios nuestro Señor nos esperan.

Mientras tanto, que me sea permitido, para cerrar este capítulo sobre «Salvador en familia», en homenaje a usted, doña Luisa, y a todas las viudas y huérfanos de la veterinaria española, Hadas Madrinas de nuestros sueños, expresar también a mi propia esposa, puesto que anciano y todo me queda el privilegio de estar vivo todavía, mi más íntima y amorosa gratitud para ella, compañera inseparable de toda mi vida, en mis dolores, en mis alegrías, en mi sublime felicidad, desde aquel 6 de diciembre de 1921, en que, en aquella inolvidable iglesia románica de Santa María de Cayón, en Santander, España, recibimos la bendición que unió para siempre nuestras vidas y nuestro destino, las de nosotros, Paulina Alonso Fernández y Carlos Ruiz Martínez, hasta estos instantes, en que comienza un año más, 1975 de nuestra Era, y nos es dado confesar públicamente nuestro cariño y proclamar por la Gracia de Dios, de mi parte, la más sincera gratitud para ella, la que nace en las entrañas, para esta noble esposa que supo sostener mi espíritu sin vacilaciones, que supo soportar también, y sin enojos, esta total entrega de mis actividades a la Veterinaria y a España, mi Patria, por siempre y para siempre bien queridas.

#### LA MUESTRA DE SUS POESIAS

Ante la imposibilidad de recoger en esta Semblanza toda la bella colección de poesías de Salvador Vicente de la Torre hemos hecho una selección, tomando las que él mismo nos envió en julio de 1972.

##### PROFECIA DEL GUADALQUIVIR

(Romance premiado en los Juegos Florales de Ubeda. 1934)

*Por la sierra de Cazorla  
baja jubiloso el río  
como un potrillo en asueto  
dando retozos y brincos.*

*Saltando de peña en peña,  
sonando de risco en risco  
el cascabel de la risa  
de su primer regocijo.*

*Linfa de sus siete fuentes  
alimenta su optimismo,  
y es tan grande su alborozo  
porque tiene, por lo visto  
desde el nacer, la conciencia  
de su glorioso destino.*

*Ahora viene por la loma  
juguetón y presumido,  
bullicioso y jaranero  
cual si fuera un señorito  
que se sintiera orgulloso  
contemplando sus dominios.*

*Y cuando para abrazarle  
llégase el Guadiana chico,  
comienza a notar de pronto  
sus eternas instintos.*

*Y empieza a ponerse grave,  
a caminar con más tino,  
a dejarse de zalemas  
y a proseguir su camino  
formal, serio, reposado,  
lleno de dulzura y mimo,  
igual que iría un buen padre  
dando la mano a su hijo.*

*Al llegar hasta las plantas  
de Ubeda, queda rendido  
admirando la grandeza  
de sus torres y castillos,  
y por rendirle homenaje  
teje festones de armiño  
con espumas de sus ondas  
para alfombrar su camino.*

*La luna, que siente celos  
de que se enamore el río,  
rompe el cristal de sus aguas  
con mil puñales buidos,  
en tanto eterna alcahueta,  
con misterioso sigilo,  
mil lindos cuentos de plata  
le va mintiendo al oído.*

*Aromas de pebetero...  
Huríes del paraíso...*

*De pronto el Guadalquivir  
una voz dulce ha sentido  
que le habla de la grandeza  
de sus futuros designios;  
y alzándose de su lecho  
con gesto noble y altivo,  
aunque de fastos cristianos,  
de esta manera predijo.*

*Del mismo modo que Betis  
fue el anterior nombre mío,  
y luego Guad-el-Kebir  
llamóme el moro maldito,  
antes que mediado haya  
el décimo tercio siglo,  
un veintinueve glorioso  
de un setiembre bendecido  
tintas se verán mis aguas  
con sangre de los impíos  
que ha de venir un rey Santo  
con un cortejo aguerrido  
para hollar la media luna  
e izar la enseña de Cristo.*

*Ya llegan los caballeros  
a poner a Ubeda sitio.  
Lleva de antorcha Fernando  
el numen de don Rodrigo,  
que el cuerpo preso de males  
tiene ahora el arzobispo.*

*Y don Juan López de Haro  
con don Sancho, su sobrino,  
y el bravo Núñez de Lara  
que porta el pendón invicto  
de Castilla, y pocos más,  
que el grupo es muy reducido.*

*Pero da tanto valor  
la santa enseña de Cristo,  
saben todos pelear  
con tal denuedo y tal brío,  
que Aven Hud, pese a sus fuerzas,  
no ha podido resistirlo.*

*Ubeda quedó cristiana  
y con tan alto designio,  
que guarda, puntal y llave  
de la Reconquista ha sido  
y Relicario que esconde  
como joyel diamantino  
del renacimiento hispano  
lo más puro y exquisito.*

*¡Mil doscientos treinta y cuatro,  
sé por siempre bendecido!*

SALE EL CRISTO DE LA EXPIRACION

*En la tarde de abril, oro y cobalto,  
huele a clavel y a nardo la plazuela  
como si el mismo Cristo hecho fluido  
escapase en volutas de la iglesia.*

*Huele a dolor supremo, a sacrificio,  
a martirio cruel, a penitencia...  
y al mismo tiempo a resurgir gozoso,  
a vida en plenitud, a primavera.*

*Bajo el fanal del sol, la muchedumbre  
rebulle con zumbido de colmena;  
se agita, viene y va, cambia de sitio,  
consume su paciencia,  
clavando las agujas de sus ansias  
en el negro acerico de la puerta.*

*De algunos silenciosos penitentes  
se destaca la aguda silüeta  
blanca y morada, búcaro invertido  
de lirios y azucenas.*

*Clarines y atabales  
subrayan y acompañan la presencia  
policroma y marcial de unos armados,  
hierros, plumas y sedas,  
que en su castrense atuendo rememoran  
la brutal y deícida soldadesca.*

*Todo es quietud de pronto y es silencio:  
sólo el sol se rebrinca y cabrillea  
en el negro charol de los tricornios  
y en el blanco almidón de las pecheras,  
y en lanzas y en arneses y estandartes,  
y en ojos y en zarcillos y en peinetas.*

*Mas, cuando asoma Cristo agonizante,  
el mismo sol, estremecido, queda  
estático mirando su amargura,  
tan honda, tan divina, tan serena;  
la dulce lasitud de su figura,  
que es carne, no madera;  
el último suspiro  
de sus cárdenos labios, la postrera  
mirada celestial de sus pupilas,  
que, siendo Cielo ya, desde la tierra,  
al tiempo de expirar, piden al Padre  
un sublime perdón para las fieras.*

*Y el sol, arrepentido de sus juegos,  
sobre la talla incomparable tiembla  
y en lágrimas de luz funde sus rayos  
al herir la mejilla nazarena.*

*Parte el cortejo entre el vibrante acorde  
de bandas y tambores y trompetas.  
El ansia sube al labio, hecha suspiro;  
de los ojos, en pasmo, el alma vuela,  
golondrina de amor, tras las espinas  
de las sienas supremas.*

*En cada corazón adolorido  
brilla al punto la luz de una fe nueva,  
y es el espacio aquel, muy poco espacio  
para tanta emoción, cuando la pena  
rompe en sollozo, al fin, de una garganta  
cuajándose en saeta.*

*Cuando el trono de Cristo  
abandona, solemne, la plazuela,  
se aumenta a nuestros ojos la angostura  
de las calles jaeneras;  
se aproximan los muros y parece  
como si hasta sus piedras,  
rendidas al prodigio,  
volviéranse de cera  
para alumbrar su paso de rodillas  
y sentirle más cerca.*

*¡Para besarle de fervor ungidas  
cuando la excelsa Cruz tropieza en ellas!*

#### UN VIAJE A CASTILLA

*Fija mi vista, clavada  
sobre la frente adorada  
donde la pureza brilla,  
voy corriendo con mi amada  
por caminos de Castilla.*

*Como presa de milano  
la paloma de su mano  
entre mi mano agoniza,  
mientras, veloz, se desliza  
el paisaje castellano.*

*Por el espejo encantado  
de sus ojos extasiado  
miro pasar y pasar;  
verde en el ocre bordado  
las tierras de pan llevar;  
y la parda paramera  
y la florida ribera  
del arroyo cantarino;  
y en el lejano confín  
como penacho y cimera  
de un cerro altivo y señor  
el súbito resplandor  
de la nieve que parece  
con el velo que se ofrece  
Naturaleza al amor.*

*A la luz del mediodía  
que se estrena, se diría,  
bajo el limpio cielo añil,  
como una nueva alegría  
esta mañana de abril.*

*Todo en ella ríe y canta;  
el pájaro que levanta  
a nuestro paso su vuelo,  
rayando el cristal del cielo  
con trinos de su garganta;  
y este airecillo que besa  
la mies, ya en grata promesa,  
verde, como la esperanza;  
y la dócil yunta presa  
al yugo de la labranza,  
y el pastor y el peregrino  
y aquel solitario pino  
erguido sobre la loma,  
y este lirio que se asoma  
hasta el borde del camino.*

*Y es que está en nuestro sentir  
la alegría de vivir  
en este inefable instante  
en que tenemos delante  
diez horas de porvenir.  
Diez horas, un soplo apenas  
para las cosas terrenas  
que pronto el hastío olvida,  
valen por toda una vida  
si se viven de amor llenas.*

Porque en la dulce verdad  
del amor, la realidad  
del tiempo, es bien poca cosa.  
Diez horas vive una rosa  
y vive una eternidad,  
porque en tiempo tan escaso  
como va de aurora a ocaso  
su bella vida consume,  
transformándose en perfume  
su débil cuerpo de raso.

Así quiero yo que sea  
mi vida, como una tea  
que sólo por su amor arde.  
¿Y qué importa lo que tarde  
con tal que en mi arder la vea?  
Quiero vivir las jornadas  
que Dios me tenga asignadas  
como aquella por Castilla  
con las manos enlazadas  
y mi aliento en su mejilla.

Y cuando llegue a Occidente  
mi vida y el sol poniente  
me dé su beso postrero,  
decir, mirando su frente  
donde la pureza brilla,  
que muriéndome la quiero  
como aquel día por Castilla.

OLIVOS DE JAEN

Olivos que son hermanos  
de aquel de Getsemani  
que vio a unos labios villanos  
besar al dulce Rabbí.

Nobles olivos añosos  
en cuyas copas se escancia  
de nuestros fastos gloriosos  
la tibia, eterna fragancia.

Dilatada geometría  
que nuestro mapa dibuja  
con la serena armonía  
de una ecuánime cartuja.

Caprichosa madroñera  
—bronce en el ocre bordado—  
con que la tierra jaenera  
magnifica su tocado.

Ejército diligente  
que desde el llano a la altura  
trepa codiciosamente  
con uniforme apostura.

Índice de toda senda,  
regalo del peregrino  
que hace de tu copa tienda  
y de tu tronco reclino.

Olivo, sagrado olivo,  
señor de la tierra mía  
y al propio tiempo cautivo.  
Vuelo y surco; esclavo y guía.

Roja brasa en el hogar  
donde tu tronco se quema  
y en su chisporrotear  
alumbra un epifonema.

Clara luz, alegre y viva  
que prende un velón donosa  
o débil llama votiva  
de la humilde mariposa.

Para la boca sustento,  
para la fe luminaria,  
en la frente sacramento,  
en el corazón plegaria.

Y, en fin, del pico torcaz  
tu tierna rama prendida  
cuando nos vuelve la paz  
viene a volvernos la vida.

Que mucho olivo, Señor,  
de las tierras de Jaén,  
que cantar en tu loor  
si nos haces tanto bien.

LA MUERTE Y SU ENTORNO

Salvador Vicente de la Torre falleció en su Jaén adorado el 17 de junio de 1974. Una carta, fechada el 18 de dicho mes por el doctor Manuel Díaz-Meco, presidente del Ilustre Colegio de Veterinarios de dicha provincia, nos trajo a Venezuela tan infausta noticia. Aquí, en Caracas, esa

carta llegó en la primera decena del mes de julio, cuando nuestra pequeña familia, mi esposa, mi hijo y yo, acabábamos de pasar una gripe asesina, que nos mantuvo en cama durante veinte días, lo cual contribuyó a que la triste noticia sufriera un enorme retardo en llegar a mi conocimiento. En la carta se nos anunciaba que el 13 de julio celebraría el Colegio de Jaén una velada necrológica *in memoriam* de nuestro entrañable compañero y amigo Salvador Vicente de la Torre, a quien lloramos como hermano, porque fue miembro dilecto de nuestra gran familia veterinaria, y como, lamentablemente, era materialmente imposible para mí, en el precario estado de salud en que me encontraba, ponerme en viaje para asistir personalmente a la velada necrológica anunciada, me limité a remitir al señor presidente del Ilustre Colegio de Veterinarios de Jaén una carta telegráfica nocturna, fechada el 10 de julio de ese año, cuya copia fotostática se acompaña, con el texto siguiente:

TELEGRAMA

Caracas, 10 de Julio de 1974

CARTA NOCTURNA

SEÑOR  
PRESIDENTE ILUSTRE COLEGIO VETERINARIO  
JAÉN - E S P A Ñ A

PROFUNDAMENTE CONMOVIDO FALLECIMIENTO ENTRAÑABLE SALVADOR VICENTE DE LA TORRE RUEGOLE TANTO A USTED COMO A LA GRAN DAMA VIUDA, HIJOS Y NIETOS DEL FINADO ACEPTAR NUESTRA COMPAÑIA EN SU DUELO Y NUESTRAS ORACIONES POR ETERNO DESCANSO DE SU ALMA PUNTO ROGAMOSLE TERNOS PRESENTES VELADA NECROLOGICA DEL COLEGIO UNIDOS AL DOLOR VETERINARIO QUE CONMUEVE ESA FRATERNAL PROVINCIA PUNTO ABRAZOS A TODOS MIS COLEGAS

CARLOS RUIZ MARTINEZ



ES AUTÉNTICO

*Carujá*

Remitente: Dr. Carlos Ruíz Martínez - Dirección: Avda. Póez, Calle Stolk,  
Quinta Marina - Teléfono: 49.43.76 - Urbanización El Paraíso - Caracas, D.F.

Por imposibilidad de solventar dificultades surgidas a determinadas personalidades veterinarias, que en la fecha del 13 de julio tenían compromisos ineludibles de carácter oficial, se suspendió la

velada hasta nuevo aviso, ya que, como era natural, la Junta Directiva del Colegio de Jaén tenía el máximo interés en que la velada necrológica *in memoriam* de su presidente honorario estuviese revestida de la máxima solemnidad.

Mientras tanto, la prensa local, sobre todo el diario *Jaén*, del que el finado fue asiduo colaborador, mantuvo en información diaria a sus lectores.

En su edición del 18 de junio dio cuenta de la gran manifestación de pesar y duelo con que se celebró el funeral de entierro de don Salvador Vicente de la Torre González en la tarde del día anterior, cuando sus restos mortales recibieron cristiana sepultura. La muerte de Salvador Vicente había producido honda impresión en toda la provincia, donde era tan conocido y apreciado. Numerosas personas de todas las edades y clases sociales figuraron en el fúnebre cortejo, en el que estuvieron representadas las autoridades de la provincia y en el que participaron en pleno todos los veterinarios, que pasan de las doce docenas, miembros del Colegio Oficial Veterinario de Jaén.

En la edición del diario *Jaén* correspondiente al 25 de junio dióse información necrológica sobre el funeral que por don Salvador Vicente de la Torre se había celebrado en la iglesia parroquial de San Ildefonso, en cuya misa por el eterno descanso de su alma, a la que concurrieron numerosos fieles, que llenaron la parroquia, para expresar personalmente el sincero dolor ante la fatal desgracia a sus afligidos deudos allí presentes, y de manera muy especial a su desconsolada esposa, doña Luisa Montes Rodríguez, y a sus hijos, don Vicente, doña Luisa, don Salvador y doña Josefina, e hijos políticos, doña Rosa Gutiérrez González, don Miguel Sánchez Matos y don Angel Navarro del Nido, «a quienes nosotros también, desde *Jaén*, expresamos nuestra condolencia más sincera, rogando, a la par, a nuestros lectores eleven al Altísimo sus oraciones por el eterno descanso del finado».

Entre la gran cantidad de recortes de prensa correspondientes al mes de junio del pasado año, que tan gentilmente se me han enviado, quisiera destacar solamente uno, ante la imposibilidad, como hubiera sido mi deseo, de hacerme eco de esa tan extraordinaria manifestación de cariño y dolor que la prensa de las diversas provincias de España ha testimoniado ante la pérdida de este gran hombre y gran veterinario. Me refiero

a la columna «Reloj de Sol», de don José Chamorro, director del diario *Jaén*, aparecida en la edición del 20 de junio de 1974, que reproducimos íntegra a continuación, bajo su propio título: «Epocas y hombres», precisamente por eso, por haber incluido el nombre de Salvador Vicente entre los hombres ilustres de esa época de la vida de Jaén que constituye medio siglo de existencia. Ello nos da oportunidad para felicitar a nuestro ilustre amigo, a quien, precisamente acompañado por Salvador Vicente, saludé muy cordialmente en ocasión de mi última visita a Jaén, en la redacción de *Jaén*, allá en el mes de junio del año 1972. Dice así nuestro ilustre amigo:

¶*Reloj de Sol* «Epocas y hombres». Por José Chamorro, director del diario *Jaén* (26 de junio de 1974):

«Se está desvaneciendo una época de la vida de Jaén. Se va con los hombres que le dieron su perfil y su gracia, que hicieron con su presencia como un estilo de vibración y de sentido. Quisiera precisar más. Con la muerte de un hombre que no suponíamos que pudiera morir, porque era la representación física y moral de la robustez de alma y de cuerpo, se nos va un trozo de vida de Jaén. Esto parecerá un poco enfático en su planteamiento. Y, al menos, al que esto escribe, que está a caballo entre las dos épocas de la vida de Jaén, no le suena a exagerado ni a huero. Hubo un sentido creacional, yo diría que sentimental, y, sobre todo, de gran valor literario, de la generación de hombres que dieron vitola a Jaén en una larga cincuentena de años. Casi enlazaron con aquel gigante de las letras jiennenses que era Alfredo Cazabán y ellos recogieron su antorcha. Quizá en aquella 'cena jocosa' celebrada en los patios de la Casa del Condestable, en la que muchos hombres de la *élite* jiennense, la culta y apiñada convención de políticos, escritores y artistas, tomó la luz inextinta del maestro Cazabán y la supieron sostener avivando su llama con potente fuerza creadora. Hay que reconocer que aquella generación literaria, sobre todo literaria, ha cumplido su misión y lo ha hecho con el garbo y la conciencia de servir a su tierra.

»Yo quiero recordar a un periódico de Jaén que fue el cenáculo de aquellas gentes generosas e inteligentes. Me refiero al *Norte Andaluz*, en el que se 'cocieron' las primeras aventuras literarias de hombres que siendo de rango académico prefirieron no volar a ningún otro sitio y quedar

con las alas recortadas en el Jaén de sus amores. Alcalá Venceslada, González López, Salvador Vicente de la Torre, Ramón Hortelano, José de la Vega, Federico de Mendizábal, Angel Cruz Rueda..., eran hombres de neta creación literaria, pero con ellos había también un núcleo de intelectuales que formaban como la alta escuela de la continuidad del espíritu de Jaén. Hay valores que tienen una estimación muy pobre en sectores de la sociedad que sólo aprecian el esfuerzo del hombre en razón del dinero que produce. Ellos funcionaban al margen de la altura y de la generosidad de los escritores y poetas. Los grandes jiennenses que he referido, jiennenses de naturaleza y de adopción, han hecho historia y han dejado la impronta de su personalidad, conformando un estilo, un modo de ser, de la ciudad de su entorno. Leer los *Horizontes espirituales*, de Cruz Rueda; la *Guía sentimental* o *La jaenera*, de González López; escuchar la sonoridad rotunda de los endecasílabos de Salvador Vicente de la Torre; las estrofas encendidas y pulcras de Federico de Mendizábal, sobre todo las del *Himno a Jaén*; aquellos versos de la más pura realidad clásica y andaluza de Alcalá Venceslada, narrando la aventura de una madrugada lluviosa del Viernes Santo en la que no salía la imagen del Jesús Nazareno, y hojear ese libro de memorias informales de José de la Vega, todo ello tiene unos valores de entendimiento de Jaén que acreditan la presencia viva de una generación literaria.

»Se nos ha ido uno de los más representativos hombres de esa generación. Son ya muchos los que han acabado con su vida el capítulo de una época. El recuerdo de quien se gozó de su amistad y de su talento, de su nobleza de corazón y de su magisterio, no puede olvidarlos. Ellos debieran estar más en el alma de Jaén.»

#### VELADA NECROLOGICA

Fue en la tarde del 26 de octubre de 1974 cuando, finalmente, logró celebrarse, con profunda emotividad, la vela necrológica *in memoriam* de don Salvador Vicente de la Torre González. Ofrendada por el Colegio Oficial de Veterinarios de Jaén, estuvo presidida por don Pablo Paños Martí, presidente del Consejo General de Colegios Veterinarios; don Antonio Solís Rostaing, alcalde accidental del excelentísimo Ayuntamiento de

Jaén; don Domingo Carbonero Bravo, ex director general de Ganadería e Industrias Pecuarias; don Francisco Santisteban García, decano de la Facultad de Veterinaria de Córdoba; don Carlos Luis de Cuenca, fundador de la Sociedad Veterinaria de Zootecnia y catedrático de Genética Animal en la Facultad de Veterinaria de Madrid; don José Miguel Fernández Almagro Pérés, delegado de Agricultura; don Francisco Puig Peña, jefe provincial de Sanidad; don Manuel Díaz-Meco Alvarez, presidente del Colegio Oficial de Veterinarios de Jaén, y otras autoridades y representaciones.

Ya en las primeras horas de ese día, que fue sábado y amaneció radiante de sol, vestido con las mejores luces del otoño en Jaén, un grupo de concejales del excelentísimo Ayuntamiento de la capital andaluza, que riega con su Guadalquivir toda Andalucía, acompañó a su alcalde en madrugada misión para dar cumplimiento al acuerdo adoptado por el Consejo Municipal de honrar la memoria de uno de sus hijos más ilustres, quien dedicó toda su vida a honrar su propio gentilicio, enamorado de su tierra, trabajando por ella y para ella con todas las veras de su alma y de su talento, tomando su nombre, «Salvador Vicente de la Torre», para dárselo a una calle casi recién nacida, en el «Nuevo Gran Eje» de la capital, en cuya esquina principal, a título de bautizo, quedó descubierta una placa con ese nombre, que nos es tan querido. Registramos el acontecimiento con extraordinaria satisfacción y damos por seguro que ésa será la calle de «Salvador Vicente»..., sin más ni más, para toda la gente de Jaén, porque en sus cincuenta y siete años de ejercicio profesional como veterinario, en Jaén y para Jaén, llenó su vida entera con esa inmensa e íntima satisfacción: «la de ser todo lo que fuera para Jaén y sin salir de Jaén».

En esa tarde otoñal del 26 de octubre de 1974, como empezábamos a describir, se celebró la «emotiva velada necrológica», en el salón de actos del Ilustre Colegio Oficial de Veterinarios de Jaén, a salón pleno y llenos también los demás salones hasta la puerta que da acceso en la plaza de las Batallas, donde está ubicado el hermoso edificio.

Así se celebró esta sesión, por tantos conceptos solemne. Ante todo y sobre todo, porque tenía por misión honrar y perpetuar la memoria del veterinario más veterinario que ha tenido Jaén:

hijo y nieto de veterinarios, quienes también legaron obra bien prestigiada; padre y abuelo de dos veterinarios, que lo adoran y lo honran: el hijo, Vicente, veterinario mayor del Cuerpo de Veterinaria Militar y profesor de la Facultad de Veterinaria de Madrid, y el nieto, Salvador Vicente, aquel a quien por ser su primer nieto dedicó ante su cuna un bellissimo soneto que nos sabemos de memoria todos sus familiares y amigos, cuyo autógrafo, fechado el 28 de agosto de 1953, tengo ante mis ojos, y quien dentro de unos meses, en mayo de este año, termina el 5.º curso de las carreras de Veterinaria y Medicina, que al unísono ha venido cursando en las dos Facultades de la capital de España, la de Medicina y la de Veterinaria en la Universidad Complutense de Madrid. ¡Qué mejor pedestal para el monumento que la Clase veterinaria de España debe a Salvador Vicente, quien supo darnos el más sublime ejemplo de altruismo, con formidable valor histórico; él, árbol vigoroso y fuerte con raíces tan profundas como las de su cariño y, al mismo tiempo, tan frondoso como su generosidad y tan florido y perfumado como su espíritu! Solemne también por estar organizada y patrocinada por anhelo unánime de los 121 veterinarios que integran el Colegio, uno de los primeros que se organizaron en España y, sin duda, uno de los más maduros y valientes de cuantos integran el Consejo General de Colegios, que preside nuestro fraterno compañero y amigo don Pablo Paños Martí, quien presidió la sesión dándole con su prestigio suprema solemnidad.

Emotiva velada porque dio oportunidad a su hijo mayor, Vicente, de desvelar el óleo que desde aquella noche presidirá todos los actos del Colegio y de pronunciar el hermoso discurso de gratitud en nombre de su señora madre, nuestra querida amiga doña Luisa, conmovida entre todos sus hijos, con cuya presencia elevaron la solemnidad del acto a su más alto grado.

Velada necrológica solemne *in memoriam* de Salvador Vicente, que adquirió su máximo esplendor con el discurso de orden a cargo del presidente del Ilustre Colegio, doctor Manuel Díaz-Meco Alvarez, quien nos cuenta, desflorando de la obra inmensa que Salvador Vicente dejó escrita en sus archivos personales, artículos periodísticos, ponencias oficiales, discursos históricos, conferencias, cartas oficiales a los ministros que pasaron por el Ministerio de Agricultura y a directores de

Ganadería, tan entrañables como Domingo Carbonero Bravo, a quien tanto debemos los veterinarios, e incluso sus íntimos pensamientos en horas de desventura, ¡las suyas por él contadas sumaron 26.280!, puesto que estuvo tres años en la cárcel, las cuales yo me había propuesto silenciar, a pesar de que por su correspondencia supe cuánto le dolieron, es imposible olvidarlos, y Díaz-Meco en su discurso de orden a ellas alude. También se recogen en la crónica de esta emotiva sesión necrológica, publicada por el diario *Jaén* en su edición del 27 de octubre, las palabras pronunciadas, al terminar el doctor Díaz-Meco su formidable discurso, por el veterinario de Villanueva del Arzobispo, Aniceto González Ortiz, quien destacó a Salvador Vicente como poeta, leyendo en homenaje a sus amores tres de sus más hermosas composiciones poéticas: «Epifanía» o encarnación de su amor a Dios; «La bandera» o el amor a la Patria, y «La cuna», dedicada al primero de sus nietos, reflejo de su amor a la familia. Breves palabras también pronunció don Francisco Santisteban García, decano de la Facultad de Veterinaria de Córdoba, quien al declarar «que en este acto no podía faltar la presencia cordobesa», recordó «lo mucho que don Salvador Vicente nos ayudó, con Muñoz Cañizares, con su inmenso trabajo por la profesión, y nos dejó, entre otros muchos hermosos ejemplos, el más hermoso de todos: su hombría de bien». Domingo Carbonero Bravo, de tan gratos recuerdos para nosotros, dijo que «don Salvador Vicente fue hombre de criterio claro, lleno de amor a la profesión, con verbo poético y juicio equilibrado, en el cual se apoyó él mismo (el doctor Carbonero) cuando fue director general de Ganadería». Recordó después intervenciones brillantes de don Salvador Vicente en diversos Congresos y Asambleas. Destacó el profundo sentido religioso de la vida que mostró siempre: «fue un hombre que se apoyó en Dios y el signo de su vida se dibuja en la verticalidad siempre dirigida a lo sobrenatural».

Por último, hizo uso de la palabra el doctor Carlos Luis de Cuenca, catedrático de la Facultad de Veterinaria de Madrid, fundador de la Sociedad Veterinaria de Zootecnia, de la que Salvador Vicente fue vicepresidente hasta su muerte, recordó su memorable discurso del I Congreso Internacional de Zootecnia, sobre «Abolengo Ganadero Español», con el cual dio al mundo una lección magistral. Los veterinarios—continuó dicién-

do—nos sentimos orgullosos de él. Recordó también cómo don Salvador Vicente protegió todas las iniciativas profesionales y cómo sigue siendo un ejemplo que está vivo en todos sus compañeros. Como testimonio de afecto, y en homenaje a don Salvador Vicente, entregó al Colegio un lote de publicaciones de la citada Sociedad Veterinaria de Zootecnia.

Cerró las intervenciones don Pablo Paños Martí, presidente del Consejo General de Colegios Veterinarios. Dijo que *don Salvador Vicente de la Torre es un trozo de la historia grande de los veterinarios de España*. Lo definió como hombre evolutivo y progresista, que supo dar contenido a sus ideas. Le llamó gran amigo y dijo que había venido a este acto con emoción y con alegría. Porque al exaltar la figura de don Salvador Vicente se exalta a la Veterinaria. Dijo que don Salvador Vicente tuvo en Dios, en la Patria, en la Veterinaria y en la Familia sus grandes amores. Fue un gran sembrador de amores. «Nosotros—añadió—estamos obligados a seguir su ejemplo. Es nuestro mejor homenaje. Trabajemos por nuestra profesión todos unidos. El nos seguirá ayudando desde el cielo.»

Reproducimos a continuación íntegramente los discursos del doctor Manuel Díaz-Meco Alvarez, presidente del Colegio Oficial de Veterinarios de Jaén (Plaza de las Batallas, 2. Jaén. España) y el de su hijo, doctor Vicente de la Torre Montes, quien profundamente emocionado, fue calurosamente ovacionado.

#### DISCURSO DE ORDEN

«Hace muy poco tiempo, en los días largos de la primavera, aún cercana, desaparecía de nuestro lado don Salvador Vicente de la Torre González. Los veterinarios de Jaén habíamos perdido a nuestro Gran Capitán profesional; quisimos honrar su memoria en un acto en el que, desde distintos ángulos, recordásemos su gran personalidad, su extraordinaria cultura profesional y humanista, su amor encendido a la Veterinaria, su afecto y simpatía, aspectos todos que desbordaban a su gran corpulencia.

»Nuestro agradecimiento a las autoridades que nos acompañan y que, por mucho que lo pretendamos, pálida será, comparada con la brillante realidad que fue, la imagen que van a obtener del

hombre que recordamos, y ya en el plano profesional al presidente del Consejo General de Colegios Veterinarios de España, a los Cuenca, Carbonero, Santisteban, presidentes de los Colegios Veterinarios de la Región, que, uniéndose a nuestra iniciativa, aportarán con sus palabras unos, con su presencia y con el recuerdo, todos, una dimensión de lo que Salvador Vicente de la Torre significó para la profesión veterinaria.

»Tal vez yo podría recordar parte de las entrevistas que, siendo ya presidente, mantuvo con don Salvador, pero de la última no sabría si valorar más su amor de padre, contándome los felices acontecimientos de su hijo Salvador y sus ansias de vivir, creyéndose libre de una de las dolencias de más alta incidencia y fatal pronóstico, pormenorizando, con esfuerzos vocales, su sufrir en la clínica parisina, con deseo ferviente de ver en la Patria que tanto quiso, y en Jaén, que tanto amó, las salidas del Sol, que en esta Andalucía tienen un particular encanto y esplendor, o su cariño hacia nosotros, que éramos sus hijos profesionales.

»Pude verle una vez más, horas, muy pocas, antes de expirar; su hijo Vicente y yo comprendimos que mi presencia le haría recordar una ráfaga, la más amplia y querida de su vida. ¡Cuarenta y dos años!, siete como secretario y 35 como presidente de la Junta de Gobierno de este Colegio, ¡una vida entera entregada al servicio de la profesión y de su organismo provincial! Porque si el 20 de abril del 68 dejó de presidirnos en persona, los dos presidente, Enrique Cobo y yo, que hemos tenido, por decisión de nuestros colegiados, la suerte de sucederle, tuvimos en él, el estímulo, el sacrificio, el ideal y el gozo de, teniéndole con nosotros obtener la respuesta exacta, el camino a seguir, cuando, al menos yo, tres o cuatro veces al año, y siempre para felicitarle en Navidad, le visitaba. Dios le llamó a su lado, pero su recuerdo se mantendrá vivo entre nosotros.

»Anoche, ya hoy, tenía ante mí muchos escritos de don Salvador; quería repetiros lo que de él alguna vez oímos; y yo, joven aún, recordaba su discurso en la fecha que dejó de presidirnos:

»Ha permitido Dios que la última vez que tengo el honor de presidiros sea con el trascendental motivo de elegir a quienes han de sucedernos. Ello justifica que mis palabras de salutación que os dirijo oficialmente por última vez sean, o aspiren a ser, más cordiales que nunca, ya que están amparadas por la emoción de la despedida.»

«Qué deleite produjo a quien os habla "su balance por cierre de ejercicio, su arqueo de caja, su público examen de conciencia con el que se sometió a nuestro juicio definitivo". ¿Cómo juzgar en el deleite? Yo, sólo puedo transcribir:

«Podrán negársenos cualidades de inteligencia, de capacidad, de competencia, pero nadie, honradamente, puede regatearnos la constante buena fe, el vehemente amor a la clase, el fervoroso espíritu de sacrificio que nos hizo siempre tener muy presente que mandar no es privilegio, sino honor y carga.»

«Ahora ha sonado la hora de mi relevo y estoy perfectamente convencido de que las escenas pertenecen ya a otra generación que es seguro nos aventajará en preparación, iniciativas y energías y nos igualará en fervor.»

«He aquí el rápido balance de toda una vida al servicio de una causa a la que me impulsó tanto la obligación como la devoción, pues el Colegio fue mi primer deber y mi segundo hogar.»

«Me despido emocionado de vosotros, pero no con un adiós, sino con un hasta siempre, porque aunque ceso en el cargo nunca cesaré en el deseo de servirlos y de seguir siendo vuestro amigo. Mientras el cuerpo me haga sombra estaré con vosotros, pues os dejo en prenda mi corazón.»

*Todo es cuestión de hidalguía,  
tú me lo pediste todo,  
yo te di cuanto tenía.*

Este era el presidente.

«Sus palabras, para nosotros, un testamento, un legado, un deber a cumplir.»

«Pero nuestro presidente no se reducía en su actuación a los límites provinciales o regionales; era un "líder", y, como tal, actuaba; así transcribo (¿qué fácil es para mí hacer su semblanza con sólo plagiarla?), de la carta que dirigiera a don Mariano Rodríguez de Torres, "... y, porque lo noble de la intención lava la culpa del atrevimiento, mi pobre pluma, movida siempre a impulsos de un amor por la veterinaria con gusto de solera añeja, orgullos de abolengo y ternuras filiales, traza hoy estas líneas para someter a su consideración algunas sugerencias, hijas de mis observaciones..."»

«Vienen aquí una serie de aspiraciones profesionales, pocas logradas, pero una yo he calificado de "profética"»:

«¿No sería posible (le pregunta a don Mariano) y conviene pensar en que las sustituciones de los puestos del Organó Rector de la Veterinaria Nacional se sujetasen a las normas dictadas por nuestro Caudillo, verificándose por elección entre los representantes de los Colegios?»

«Y colocado ya en la pendiente resbaladiza de las preguntas impertinentes...» don Salvador continúa inquiriendo, pensando en beneficio de la profesión. El final de esta carta, con cuya lectura estoy gozando vivamente, parece nacido del Lazarillo de Tormes:

«Muchas otras preguntas confiaría a su bondad mi torpe atrevimiento, pero por hoy bastan y hasta barrunto que sobran para colmar las arcas de su paciencia, que Dios le conserve con toda la ventura que lo desea su incondicional amigo y servidor...»

«Domingo Carbonero era director general de Ganadería, y señaló a nuestro hombre para que fuese presidente del Consejo Nacional Veterinario.

»Acepto el honroso encargo de regentar el Consejo—le decía en diciembre del 45—, dándome exacta cuenta del enorme peso que cargo sobre mis espaldas y de la grave responsabilidad que contraigo para con los compañeros.»

«Tímido por naturaleza y modesto por convicción de incapacidad, estoy seguro de que cualquiera que posea mi buen deseo, mi amor a la clase y mi decidida voluntad (en ninguna de las tres cualidades puedo ceder primacías), me aventajaría en condiciones para realizar la labor que los veterinarios esperan y reclaman y que yo intentaré alcanzar con la protección de Dios y la ayuda de todos.»

El 3 de noviembre del 50 otra vez escribía nuestro hombre a Domingo Carbonero:

«Si crees en mi amistad sincera y en mi lealtad, por fuerza has de creer también en lo poderosas que serán las razones que deciden mi actitud, cuando no vacilo en adoptarla aun a trueque de causar tu enojo. Por imperativo categórico de mi conciencia cumplo el doloroso deber de presentarte mi dimisión con carácter irrevocable.»

En marzo del 51 escribía, ya «veterinario» en Jaén, a todos los de España:

«Queridos compañeros:

Por disciplina y cortesía hubiese prolongado indefinidamente mi voluntario silencio, si la marcha de los acontecimientos profesionales no dictase a mi conciencia la imperiosa de sincerarme

ante la Clase que tanto amo y cuya confianza y representación me colmaron de honor.»

Nos cuenta sus anhelos, con gradación de actuaciones, que no se hicieron realidad, y termina:

«Me limito a señalar faltas, apuntar remedios y pedir a Dios que nos conceda vida para poder contemplar nuestra redención.»

Este fue nuestro presidente del consejo.

Salvador Vicente de la Torre fue vicepresidente de la Sociedad Veterinaria de Zootecnia, desde su fundación en 1946, y fue un gran zootecnista, Carlos Luis de Cuenca, quien le recordará en este aspecto y recordará, ¡cómo no!, el discurso de clausura por don Salvador pronunciado, «Abolengo Ganadero Español», en el I Congreso Internacional de Zootecnia.

«Tengo ante mí una conferencia que pronunciara en la Casa de Jaén, en Madrid, en 1955, "Divagación Retórico-Ganadera", donde la rima del verso, la lírica de la prosa hacen pensar algo así como una película de nuestra riqueza pecuaria, de lo que significó a lo largo y a lo ancho de nuestra historia, de lo que representa la ganadería en el desarrollo y porvenir de los pueblos, entonando un canto encendido a nuestra grandeza pretérita, citando datos que serán, sin duda, los que más convenzan y subyuguen, porque también los números tienen su elocuencia y su poesía.»

«A medida que la ganadería comenzó a perder posiciones en beneficio de la agricultura; cuando las exigencias de la política o las necesidades de mayor extensión para los cultivos fueron restando al animal y al árbol, parcelas cada vez más considerables de monte y de pastizal; y Abel, el pastor, fue de nuevo sacrificado; cuando se produjo el choque entre la "labranza" y la "crianza", el desequilibrio entre agricultura y ganadería, cuando ésta sufrió el golpe de gracia con el culto despotismo de Campomanes... nuestra hegemonía pecuaria comenzó a declinar, pero, con ella, el astro de nuestro poderío y de nuestra grandeza imperial. Y el sol se puso en Flandes, y en la otra orilla Atlántica y en el remoto Oriente legendario, y fueron apagándose las luces de nuestro espíritu, ganadas por las tinieblas.»

Así fue nuestro lírico «Zootecnista», con la clara visión de la «economía y rentabilidad de las producciones pecuarias».

«La amistad y el apoyo se agradecen mucho en los tiempos difíciles y no podremos corresponder a esta gesta si no es entregando toda nuestra

confianza y toda nuestra fe en la Falange», y cuando con espíritu castrense ordena:

«España espera que cada cual sepa cumplir con su deber.»

Y si mucho quiso a España y a su profesión, hablando de su patria chica decía:

«A mí podrán negárseme todas las virtudes e imputárseme todos los defectos, pero nadie tiene derecho a dudar de mí vehemente, apasionado, ciego cariño a la tierra que me vio nacer», y a la que canta:

*Desde niño he sentido palpitar en mi entraña  
el cariño a mi tierra con calor de pasión.  
En su solo holocausto levanté mi espadaña  
y tejo la modestia de mi tela de araña  
con las fibras sensibles de esta santa emoción.  
Siempre tuve el orgullo de llamarme jaenero;  
tengo el bien de mi origen por el máximo bien,  
y proclamo mi cuna con el gesto altanero  
de quien no necesita para ser caballero  
de otro timbre de gloria que el ser de Jaén.*

«La ciudad tiene desde hoy inmortalizado en una de sus calles el nombre de Salvador Vicente de la Torre; nosotros los veterinarios de Jaén tendremos su figura en nuestro Colegio, porque su corazón, el que un día nos dio, hoy, exento de latido, en el nuestro está ¡presente!»

## DISCURSO DE GRATITUD

«Si siempre sentí por mi padre—comenzó diciendo don Vicente de la Torre Montes—, aparte de un hondo cariño de hijo y de amigo (porque para mí mi padre fue mi mejor amigo) y además de una consciente admiración, una sana envidia, nunca con mayor motivo que en estos momentos quisiera haber heredado su cálido verbo, su pensamiento profundo, su vibrante lirismo para ofrecerlo aquí en su memoria y para agradecer, en cuanto vale, a todos ustedes—sus compañeros y amigos—estas inolvidables muestras de recuerdo y afecto. Pero como esas excelsas cualidades que le adornaban sólo las da Dios y yo no las poseo, tendré que recurrir, una vez más, a su ayuda y emplear en muchas ocasiones sus palabras y sus ideas.»

En una de las estrofas del magistral soneto que dedicó a su homónimo, su primer nieto y mi hijo mayor, decía:

*... Dios me conceda que mi nieto sea  
águila, estrella, rosa, vuelo, idea,  
cuanto yo soñé ser y no he sabido...*

Aquí—como en tantas ocasiones de tu vida—, querido padre, también campeaba tu modestia y tu afán constante de superación; porque, en verdad, fuiste «águila» que se remonta a las más limpias y diáfanas alturas para otear el horizonte y, ganando perspectiva, planear sorteando los escollos y con visión de futuro; mas nunca aprovechando dicha altura para caer sobre una presa.

Fuiste «estrella» con luz propia que orientó nuestras vidas, dándoles el rumbo de honradez y hombría de bien que de ti aprendimos.

Fuiste «rosa», cuyos pétalos sirvieron de bálsamo para todos los que a tu lado fueron heridos en su cuerpo o en su espíritu y, a fuer de serlo, pudiste decir con José Martí:

*Cultivo la rosa blanca  
en julio como en enero  
para el amigo sincero  
que me da su mano franca,  
y para aquel que me arranca  
el corazón con que vivo  
cardo ni ortiga cultivo,  
cultivo la rosa blanca.*

Fuiste «vuelo» porque siempre supiste elevarte, tejas arriba, subestimando el sentido material y económico de la vida, sobre la que pasaste haciendo el bien a cuantos te rodearon.

Fuiste y eres «idea»; de amor, de generosidad, de altas y puras aficiones, de recto proceder que hemos de esforzarnos—todos cuantos te quisimos—en perpetuar.

Pero las musas—que tantas veces te inspiraron—arropándote en sus vestiduras, estoy seguro, te llevaron a gozar de la sublime presencia del Altísimo, saciando ya por fin tu continua sed de perfección y de belleza.

Y también fuiste hombre de realidades, que tenía sus pies en la tierra.

Si, esquemáticamente, tuviéramos que sintetizar los actos de tu vida, querido padre, dejando a un lado el aspecto familiar (fuiste un hijo y hermano, marido, padre y abuelo ejemplar) en todos ellos destacarían como *leitmotiv*, como eje principal de tu existencia, dos grandes amores: a «tu» Jaén, que te vio nacer y al que, como padre amante, dedicaste tus mejores estrofas y

disculpaste sus defectos, sacrificando en su holocausto otros más largos vuelos a los que te llevaban tu inteligencia y tu valía; y el otro gran amor, tu profesión «nuestra» veterinaria, para la que siempre tuviste dedicación plena y para cuyo servicio nunca te parecieron suficientes largas vigiliadas, sinsabores y hasta alguna amargura. A ella, a «tu» veterinaria y a tus compañeros ofreciste tu cerebro y tu corazón desde la más bisoña juventud hasta casi tus últimos días.

Dígalos, si no, tu presencia activa en todos los momentos difíciles por los que nuestra profesión ha ido pasando y de los que—cuando ya se creía derrotada—volvía a surgir cual otra Ave Fénix de sus cenizas. Y todo ello merced a esa grande generación de grandes veterinarios que en perfecta simbiosis hicisteis «profesión» y «patria». Así fue cuando la creación de la A.N.V.E., precursora del Consejo General que años después hubieras de presidir, dejando constancia de tu fecundo paso y rotundo afirmación de tu lealtad al dimitir el cargo—cuando nadie dimitía de nada—por considerar que tu gestión, tus buenos deseos y tus premeditados planes de mejora, dignificación y desarrollo profesional chocaban con la incompreensión o con el encastillamiento en viejos y caducos reductos que, a tu juicio, otros lograran expugnar.

Así quedaron plasmados en concretas realidades tus constantes desvelos por las mejoras de nuestros huérfanos, de nuestras entidades de previsión y la procura de nuevos ingresos, por guías y diversos documentos, para la veterinaria rural de cuya abnegación y espíritu de servicio fuiste constante paladín y defensor ardoroso, hablando de ella en los siguientes términos, esta vez con motivo de la inauguración de nuevos locales para el Colegio Provincial de Valencia:

... «Esos hombres abnegados y perseverantes, héroes anónimos de mil batallas sordas libradas cada día contra la hostilidad y la incompreensión, a solas con su afán y con la inmensidad de la naturaleza a quien, mejor que nadie, comprenden y sirven; porque quien no se asoma al campo y desentraña sus misterios no puede apreciar la honda poesía que encierra sembrar el árbol, trazar el surco, recoger la espiga. Ver, sobre la tierra, que el trabajo esponja y el sudor santifica el milagro de cada nueva floración bajo la azul sonrisa de los cielos; admirar por otoño, en la besana, a las dóciles yuntas soltar por sus ollares los chorros dilatados del resollar potente, acom-

pasados a las cadencias del gañán; contemplar emocionado en el aprisco a la mansa cordera lamer amorosa al tierno recental balando su canción de cuna; ni sabe de la alegría de una lluvia temprana; ni sació su sed en el remanso cristalino donde se miran los lirios y las espadañas; ni vio en un amanecer de julio cómo, del mar de las espigas heridas por los cuchillos del sol, brotan los rojos cuajarones de las amapolas; ni admiró la majestad del ángelus en la paz geórgica de la campiña dilatada; ni ha gustado, en fin, esa dulce y sencilla filosofía de Esopo o del mínimo Francisco de Asís que llega a platicar con los animales del Señor en fuerza de cuidarlos, de comprenderlos y de amarlos...»

Y como constante simbiosis en su corazón, también a Valencia lleva la presencia de su Jaén querido y así termina: «Yo os envidio—se refiere a los veterinarios valencianos—tanto como os quiero y traigo en mis manos, abiertas siempre a la amistad, una rama de olivo de aquellos vetustos, nobles y legendarios de mi tierra, para enlazarla con mirtos y laurel de vuestros vergeles y tejer una corona que hemos de colocar en vuestra casa, sobre la frente noble de la veterinaria, digna hija de la excelsa madre, de la augusta España.»

Era así como él concebía a su patria, a su tierra, a su veterinaria: importantes, dignas, enmarcadas en poesía y lirismo.

Siempre aceptó los honores y homenajes que le disteis en tanto os hacía copartícipes de ellos porque, profundamente humano y creyente, desde lo más íntimo de su ser, brotaba pleno de espontaneidad el más grande precepto divino: el amor al prójimo en toda su amplitud. Su dedicación, entereza, sabiduría y voluntad estuvieron, en todo momento y lugar, al servicio del compañero y del amigo de quienes aceptaba y valoraba sus criterios, ideas y consejos. Su concepto de la amistad era tan excelso y tan vigente en todos los actos de su vida que, si alguna vez como humano cometió error o injusticia, fue en aras de dicha amistad y de una lealtad sin límites, sin perjuicio de que otra de sus grandes cualidades, la nobleza, le hiciese reconocerlas y pedir perdón por ellas. Esto hacía que su profunda sensibilidad se sintiese herida cuando, a veces, no era correspondido con la misma moneda.

Su innata generosidad y su alto concepto de los valores espirituales sobre los materiales hicie-

ron que durante toda su vida fuese mucho más Quijote que Sancho, más cigarra que hormiga, más corazón que estómago, luminosa llama de un rescoldo de amor y de fe en sus principios, en sus profundas convicciones.

Aquí, en «este Colegio de sus amores», transcurrieron muchas jornadas de su existencia, porque en esta casa se aunaban Veterinaria y Jaén, Jaén y Veterinaria, que no se sabía cuál de las dos devociones fuese primero. Tan es así, que cuando estuvo en su mano procuró atraer hacia su patria chica a las más destacadas personalidades de la profesión y aún ajenas a ella, ya para honrarlas, ya para ser honrado, puesto que casi todos los homenajes—incluso de carácter nacional—de que fue objeto quiso que se celebrasen aquí, con los suyos, compañeros y amigos, bajo el patrocinio de la Virgen de la Capilla, a la sombra de su catedral y a la vera de la Cara de Dios.

Pero esto no quiere decir que su autorizada voz no se dejase oír más allá de las fronteras de su patria chica; en solemnes ocasiones y con variados motivos, ya en el sobrio ambiente académico, ya en la bulliciosa asamblea; ora en un Congreso Internacional o en un simple acto de confraternización. Y era en Madrid donde cientos de congresistas nacionales, de Europa y de Hispanoamérica, aplaudían su documentadísimo discurso de clausura sobre el «Abolengo Ganadero Español» con motivo del I Congreso Veterinario de Zootecnia; y supieron de su encendido canto, la sultana Córdoba y el murmullo de las fuentes de la Alhambra, y la señorial Salamanca, y la monumental Valladolid, y Cáceres la bella romana durmiente, y Valencia la del fecundo Turia, y León la de la sinfonía gótica de su Catedral, y Sevilla la de Lope de Rueda, Velázquez y Murillo.

Pero donde no tiene fronteras su pasión, que, a veces, llega hasta la hipérbole, es al hablar de Jaén, de sus bellezas naturales, de sus gentes, de sus paisajes, de su variopinta y exuberante provincia.

*... Por la sierra de Cazorla  
baja saltarán el río,  
como un potrillo en asueto  
dando retozos y brincos...*

empieza su romance al Guadalquivir.

Y es en su «Salve, Cazorla» donde dice:

*... Pero es tu sierra, Cazorla,  
es tu sierra la que tiene*

*una hermosura infinita,  
una grandeza imponente.  
Tu inigual orografía  
sobrecoge y embebece.  
Allí los riscos bravíos,  
allí las cimas ingentes  
de las que se enseñorean  
corzos y cabras monteses;  
allí los mansos regatos,  
allí los saltos rugientes,  
allí los bosques umbrosos  
de los gigantes alerces,  
«palos machos» de las naos  
de aquel insigne «demente»  
que dejó escrita de España  
la más gloriosa efeméride...*

Y así, tocando a rebato en su corazón para pregonar las Fiestas del Descenso a Jaén de la Virgen de la Capilla, escribe:

Sí, sí, venid todos, mujeres y hombres, grandes y chicos, humildes y poderosos, venid a festejar la fecha más insigne de nuestra historia; aquella en que por las rutas luminosas del cielo nos llegó la llena de Gracia, el modelo de perfección, el pozo de aguas vivas, el arca de la alianza, la Madre del Verbo, distinguiéndonos con su especial predilección, cambiando Su Trono rutilante de Gloria por este otro pobre y humilde, por terreno, aunque enjoyado con gemas de amor...

“Milagro”, gritaron los hombres, *vuelto de su desmayo*, sintiéndose con ardor bélico, con alientos sobrehumanos para alejar definitivamente a la morisca opresora.

“Milagro”, repitieron estremecidas las piedras del Barranco de los Escuderos, mojadas de sangre hereje caída sobre la púrpura cristiana como baño purificador.

“Milagro”, algarearon gozosos los mudos y los orates y los tullidos y los apestados y los estériles, al cobrar el habla y la razón y el movimiento y la salud y la fecundidad.

“Milagro”, salmodió la tierra al esponjarse su sequeral con el bautismo de Tu clemencia.

“Milagro”, bisbisearon las espigas, memorando píos holocaustos, seguras ya del sagrado destino de su trigo moreno, como la Virgen.

“Milagro”, murmuró cantarín el Guadalbullón, ansioso de llegar al río padre para dormirse con sueños de misiones altas.

“Milagro”, ulularon cien ecos rebotando de

peña en peña, desde la Pandera a Mágica, desde Tiscar a Despeñaperros, haciendo a los vientos heraldos de la "nueva" felicísima, cien ecos que dispersaron como bandada de blancas palomas, por Aragón y por Castilla y por Navarra y por toda la hispana geografía, cosiendo y ensamblando, con sus rosados picos, los deshilachados jirones de la Patria con los que se había de formar el manto augusto de la unidad que cubrió los hombros de los Reyes Católicos»...

... Y si canta a Jaén en sus calles, en sus ferias, en sus mujeres, derrocha pasión y lirismo:

*...Desde niño he sentido palpar en mi entraña el cariño a mi tierra con calor de pasión. En su solo holocausto elevé mi espadaña y tejí la modestia de mi tela de araña con las fibras sensibles de esta santa emoción. Siempre tuve el orgullo de llamarme jaenero; tengo el bien de mi origen por el máximo bien, y proclamo mi cuna con el gesto altanero de quien no necesita para ser caballero de otro timbre de gloria que el de ser de Jaén.*

Continúa su poema con una exaltada glosa a su terruño para terminar con la siguiente estrofa:

*Siempre tuve el orgullo de llamarme jaenero. Tengo el bien de mi origen como el máximo bien. Y proclamo mi cuna con el gesto altanero de quien solo precisa para ser caballero el honor de ser hijo de mujer de Jaén.*

Y en fin, cuanto bulle en su corazón y en su pensamiento y plasma su pluma, lleva la impronta del amor a su profesión y a su tierra.

Mas ya vemos que todo lo que el hombre siembra—si no cae en campo baldío—produce su fruto. El hecho de que todos ustedes estén aquí ahora para honrar la memoria de mi padre así lo atestigua, sirviéndonos de ejemplo, estímulo y consuelo para todos los que tanto le quisimos.

Nosotros; mi madre, sus hijos, sus nietos agradecemos a ustedes, desde lo más íntimo de nuestro corazón, esta póstuma corona de laurel que hoy han puesto sobre las sienas de quien, en vida, fuese ejemplo de caballerosidad, amistad y compañerismo, de un «hombre» en toda la compleja extensión de la palabra.

Gracias a los dignísimos representantes de los más altos estamentos profesionales que nos presiden y a los de las provincias andaluzas hermanas.

Gracias a la Presidencia y Junta de Gobierno

de este Colegio Veterinario, ilustre por tantos conceptos.

Gracias al Excmo. Ayuntamiento de Jaén y a los preclaros hombres que lo rigen por esa calle que —en lo sucesivo—perpetuará tu recuerdo en la ciudad de tus amores, dándole tu nombre como tú en vida le diste el corazón.

Gracias a quienes—compañeros y amigos entrañables—hoy nos honran con su presencia y sus cálidas palabras.

¡Perdón y muchas gracias!

## JAEN. ULTIMO CAPITULO

La fecha del día de hoy, sábado 15 de febrero de 1975, había previsto que sería la última licencia que podía tomarme para cerrar esta Semblanza, que comencé el día 4 de noviembre de 1974, con la esperanza de que estaría terminada antes de finalizar el año, si como era ferviente deseo mío había de cumplir la promesa hecha a mi entrañable director Miguel Cordero del Campillo. No trato de excusarme, pero una vez más... el hombre propone y quien dispone es Dios... Entre noviembre y enero he tenido que sufrir dos intervenciones quirúrgicas... pero gracias a Dios me encuentro ya en condiciones de cerrar hoy esta Semblanza con su último capítulo: JAEN. Hemos querido titularlo así en homenaje a Salvador Vicente de la Torre, que en Jaén nació y durante toda su vida fue para él el amor de sus amores... Jaén es también el nombre de uno de los periódicos más prestigiados de las ocho provincias andaluzas... Don Antonio Rodríguez, el primer maestro de Escuela que yo tuve en mi Córdoba querida, y al que más debo de todos mis grandes maestros, me enseñó a nombrar la primera a Jaén para decir luego de corrido sin olvidarme de ninguna cómo se llamaban las ocho provincias de Andalucía: Jaén, Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada y Almería...

Ayer viernes, último día de la semana que el cartero nos visita aquí, llegaron a mis manos las últimas noticias recibidas de España, y entre ellas, dos nuevos recortes de *Jaén* que desde Jaén me envían; uno de un colega mío, a quien personalmente no conozco, pero cuyo nombre me recuerda el de su padre, porque seguramente éste es su hijo, a otro fraterno compañero de Salvador y mío a quien los dos quisimos entrañablemente: Cobo Reyes. En la edición del día 25 de octubre

de 1974 apareció en *Jaén* (página 4) bajo el título «Recuerdo a don Salvador Vicente de la Torre» un artículo de don Enrique Cobo Sierra, quien nos cuenta lo siguiente:

«En estos momentos en que la clase veterinaria recuerda al que fue su primer dirigente colegial nacional y presidente del Provincial durante muchos años, don Salvador Vicente de la Torre; yo, que con él conviví muchas horas del día, durante cerca de treinta años, tengo que recordarlo con respeto y con agradecimiento.

»Hace muchos años que le conocí, allá por mis años, no mozos, sino infantiles, cuando pasaba por la tertulia de mi padre y me acercaba a besarle, y de camino a ver “qué decía”, un su amigo, hombre de respeto, por su humanidad, por su simpatía, por su bondad, siempre me dirigía una palabra cariñosa, una frase de interés por mi personilla, que yo recordaba luego con agrado.

»En esta amistad de mi padre, con don Salvador, se cimentó el destino profesional de mi vida, que nos hizo compañeros de carrera, de servicio oficial y de trabajo particular.

»Don Salvador, jefe de los Servicios Veterinarios teóricamente, prácticamente no lo fue nunca, pues su compañerismo y su bondad se lo impedían.

»De él aprendí mucho de la ciencia veterinaria, mis dudas de principiante pronto eran disipadas y a cualquier consulta mía respondía, explicando casos prácticos parecidos, por él tratados con éxito, desde sus tiempos de veterinario militar. Pero de donde yo recibí sus lecciones magistrales, con más intensidad, era de su mundología y don de gentes, de su carácter agradable lleno de simpatía, carácter, que pese a los muchos sinsabores que padeció, en su tiempo de figura máxima de la Veterinaria Colegial Española, nunca se le acidificó, siempre conservó su gracejo, incluso para contar sus malos ratos.

»Con él pasé la mayor parte de mis años profesionales recorriendo los campos jiennenses, de cortijo en cortijo, en las duras faenas de sendas vacunaciones porcinas, y aun en los más duros trabajos en todas las situaciones, jamás perdió su jovialidad, extendiéndose en relatos de hechos más o menos remotos, que sabía aderezar con su elegante y fácil prosa.

»Recuerdo en una ocasión que íbamos a vacunar en un cortijo al que se llegaba, por no dar un gran rodeo, vadeando el río, y a él le fue

destinada como cabalgadura una tranquila y reacia burra y el ganadero y yo, en mulos de buen pasar, e iniciamos el vadeo y en la mitad del río y detrás nuestro un burro joven, con grandes gritos asnales y a toda prisa, requería de amores a la dichosa burra que casta y desdeñosa inició un trote corto, por el que a duras penas podían mantenerse en equilibrio, hasta que el ganadero, volviendo grupas, cortó raudo el camino del joven burro, que cariacontecido volvió a sus lares y nosotros pudimos llegar a la otra orilla sin novedad, donde, ya con los pies en tierra firme, se desató mi hilaridad, lo que le movió lapidarme, salvándome mis veloces pies. Posteriormente, ya en el cortijo, contaba el hecho, tan adornado con su gracejo y su peculiar estilo, que hacía las delicias de todos los oyentes.

»Relator impresionante, amigo siempre, sabía darle a cada uno el trato que le correspondía, y en los diálogos, siempre llevaba la mejor parte, pues tenía salidas para todos.

»Pero su principal virtud fue la bondad, hombre incapaz de negar nada a nadie, siempre al servicio de los demás, su pluma estaba gastada de escribir cartas, pidiendo algo para los amigos, para los conocidos, para todo el mundo, incapaz de perjudicar a nadie, para todos tenía palabras de ánimo, de esperanza, de bondad, quizá por eso hizo suyo aquel verso, que él no escribió, pero que lo hubiera hecho si antes no lo publicara Martí y que repetía con frecuencia, pues, para mí, que era su lema:

*Cultivo una rosa blanca,  
en julio como en enero,  
para el amigo sincero  
que me da su mano franca  
y para el cruel que me arranca  
el corazón con que vivo,  
cardo ni ortiga cultivo:  
cultivo la rosa blanca.*

»De todas las lecciones que de él aprendí algunas quizá las tenga olvidadas, pero esta del verso que él me enseñó la aprendí muy bien, la he practicado siempre, pienso seguir haciéndolo y la verdad me va muy bien. ¡Gracias, don Salvador! »

El otro recorte de prensa a que aludí se debe a la pluma de don Francisco Olivares Barragán, quien también en el diario *Jaén* del 26 de octubre de 1974, página 6, bajo el sencillo título «Don

Salvador», rinde homenaje a nuestro biografiado, en los hermosos términos que reproducimos:

«Como los grandes hombres, y él lo fue por partida doble, no necesita apellidos. A muchas personas de nuestra provincia o de fuera de ella, con sólo hablarles de don Salvador, saben que se trata de don Salvador Vicente de la Torre González, ilustre veterinario de Jaén.

»En su memoria va a dedicar hoy el Colegio Oficial de Veterinarios, que él presidió tantos años, una velada necrológica. Se ha querido de esta forma hacer patente el recuerdo de su figura, y con este motivo se van a reunir destacadas personalidades de la profesión, no sólo de nuestra provincia, sino de Madrid, Granada, Córdoba y de muchas otras, deseosas de rendirle este último tributo. Unas intervendrán en el acto y otras recordarán al amigo y al compañero al que tanto admiraban como querían.

»Hoy puede considerarse el día de su exaltación, ya que por el Ayuntamiento de la capital, cumplimentando un reciente acuerdo de aquella Corporación, se va a proceder al descubrimiento de una placa que da su nombre a una calle de Jaén y que perennemente recordará a todos al gran veterinario que supo honrarse y honrar a su profesión.

»Y en el Colegio de Veterinarios, para que su figura siga presidiendo la vida colegial, se va a colgar un magnífico cuadro, obra del celebrado pintor José Romero, y donde ha conseguido captar toda la profunda humanidad del don Salvador de los años pujantes y en que su nombre resonaba por todo el ámbito nacional.

»Y allí se van a glosar diversos aspectos de la vida de este hombre que supo captarse, no sólo la admiración de todos los que llegaron a conocerle, sino también su cariño, cosa que tan difícil resulta, y que para él fue siempre de una gran facilidad. Allí va a ser recordado por los que lo conocieron, y conocido por los que no llegaron a tiempo de convivir con él.

»Pero si unos y otros oradores van a tratar diferentes aspectos de sus muchos quehaceres, es seguro que siempre ha de quedar alguna parcela suya sin desvelar. Tantas eran las que cultivaba. Y si por encima de todo estaba su "veterinaria", que llevó mucho más allá de lo provincial, no eran para él de menor importancia sus facetas de gran y ameno conversador, de escritor fino y agudo, de orador excelente y, sobre todo,

de gran Poeta. Así, con mayúscula. Poeta digno de figurar en todas las antologías y que, a no dudar, siempre será situado junto a los más renombrados vates jiennenses como Almendros Aguilar, Bernardo López, José de la Vega, su fraternal amigo, y tantos y tantos otros que dieron fama y gloria a las ya gloriosas tierras del Santo Reino.

»Entre sus muchas virtudes figuraba su profunda religiosidad, de las que nos dejó muestras tan imborrables como sus versos al Cristo de la Buena Muerte, donde hace un canto tan magistral de las Siete Palabras, que deja suspenso el ánimo; o aquellos a la Virgen de la Capilla, donde va desgranando en clásica rima un inacabable rosario de alabanzas.

»La humildad era otro de sus muchos dones y así, él que supo elevarse como el águila en rápido vuelo hacia las cimas más altas, que brilló como estrella de primera magnitud entre la clase a que pertenecía, que tuvo la poética sensibilidad de la rosa, que amaba tanto las cosas del espíritu que le hacía vivir en eterno vuelo hacia sus soñadas ilusiones y que siempre tuvo su cabeza llena de ideas geniales, llegó a escribir aquella plegaria a Dios, ante la cuna de su nieto:

*El me conceda que mi nieto sea  
águila, estrella, rosa, vuelo, idea...  
¡Cuanto yo soñé ser y no he sabido!*

»Pero sí. El supo ser águila, estrella, rosa, vuelo, idea. Porque al ser todo esto lo tenía todo, aunque él creyera que no tenía nada como decía en aquella plegaria en los versos que dedicó a la Epifanía y que es la mejor oración que el verdadero creyente pueda elevar al Altísimo:

*Así, pues, de valor no tengo nada,  
el cansancio mortal de mi jornada  
y la frente inclinada,  
marchita, polvorienta y sudorosa.»*

No pretende esta Semblanza, a pesar del tiempo que me ha llevado redactarla, haber dicho sobre Salvador Vicente de la Torre todo cuanto de él debiera y pudiera haberse dicho. ¡Qué extraordinaria, qué hermosa, qué humana y qué grandiosa su obra en los cincuenta y siete años de su ejercicio profesional! ¡Cuántos y cuán grandes dolores los suyos en aquellos tres años que vivió entre rejas separado de su esposa y de sus hijos,

por la única razón de no haber sabido ser, jamás, un hombre malo.

Cuando en junio de 1972 tuvimos el placer de reencontrarnos en su Jaén querido, ni la más mínima acritud salió en ningún momento de sus labios.

—Mira, Carlos—me dijo cuando nos despedimos—: Tú has tenido que sufrir muchísimo más que yo. Pues ¿qué duda cabe? ¡También yo he sufrido lo mío! Pero lo que más daño me han hecho son las ingratitudes... y te lo voy a confesar. En aquellos momentos supe encontrar refugio en Cervantes; renovando mi relación con nuestros viejos amigos; con el Bachiller, con el Cura, con el Barbero, con los pastores, con los venteros, con los zagales, con los titiriteros, con los labradores, con aquellos castradores de puercos... reviviendo la historia sin par de un alma pura y buena, en este mundo, Carlos, donde con cuanta falsedad topamos... Volviendo a vivir, aunque sólo sea por

un rato, la vida de don Alonso de Quijano, del caballero y su escudero, llegas a la conclusión de que sí vale la pena vivir la vida; la nuestra, Carlos, que también proporciona ratos tan agradables como éste, de haber podido darnos este fuerte abrazo.

—Sí, Carlos, sí. El hombre no es tan malo como parece, ni tan repulsivo como sus miserias nos lo quieren presentar. Voy a terminar, por confesártelo. Hay hombres, tanto tú como yo los hemos conocido, que son capaces de cometer muchas bajezas y hasta cosas terribles... pero siempre habrá alguna, entre ellos, que puede llegar a ser Don Quijote, porque en el fondo está hecho por Dios de la misma materia con que creó a Cervantes... y llegar a ser feliz... a sentir la locura de un alto ideal y a creer en el bien y a defender rabiosamente la justicia...

—Tienes razón, Salvador—le dije—, y hasta comprender a Sancho Panza, quien también fue un hombre bueno.